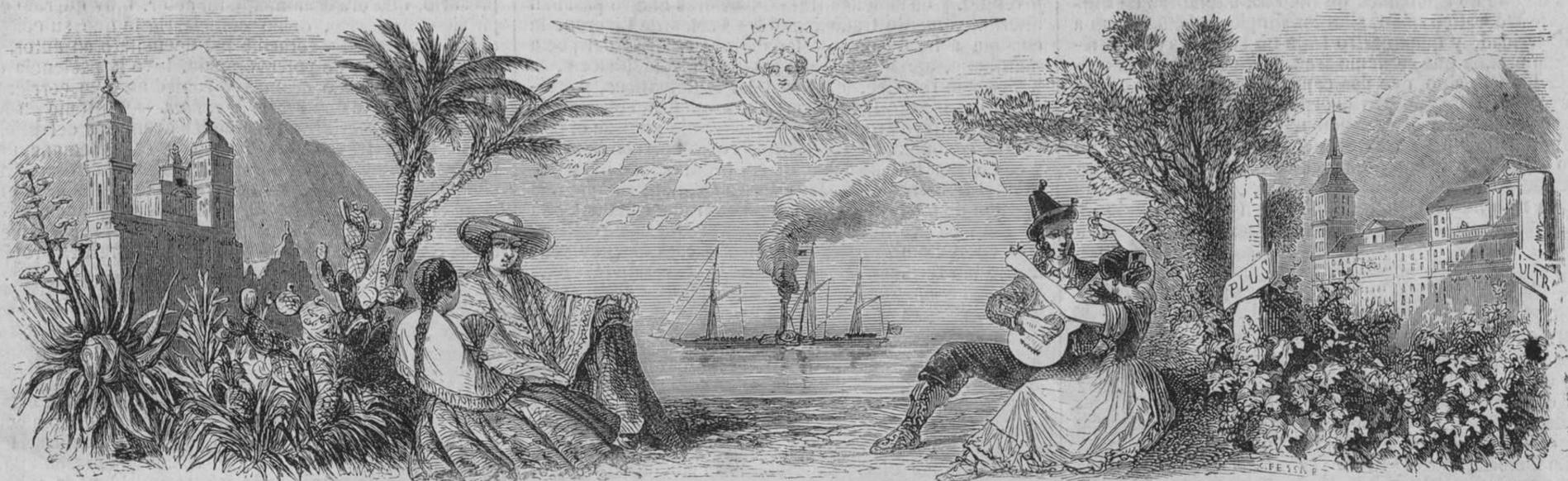


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862 — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — N° 516.

SUMARIO.

La estatua de Boissy de Anglas en Annonay; grabados. — Apuntes para escribir la Historia de la literatura española en los siglos XVIII y XIX. — Revista de Paris. — Exposición de Bellas Artes en Madrid; grabados. — Museo Campana; grabados. — Los carruajes. — Una noche terrible. — Visita de SS. MM. II. al palacio de Chamarande; grabados. — Los pretendientes de la condesa. — El mejor amigo. — Nuevas líneas de ferro-carriles franceses; grabados. — España en Londres. — Revista de la moda. — Problemas de ajedrez; grabado. — Santa Cecilia; grabado.

La estatua de Boissy de Anglas

EN ANNONAY.

El convencional Boissy de Anglas es uno de los actores mas interesantes de la revolucion francesa. Supo conservarse puro de todo exceso en una época en que era un crimen la moderacion; su influencia determinó la reaccion termidoriana, que debia poner un término al sistema del terror, y salvó a la Convencion en la memorable jornada del 1° prarial, año III, haciendo retroceder al motin ante la energia de su mirada y la firmeza de su actitud. Su conducta en aquella ocasion bastó para immortalizarle.

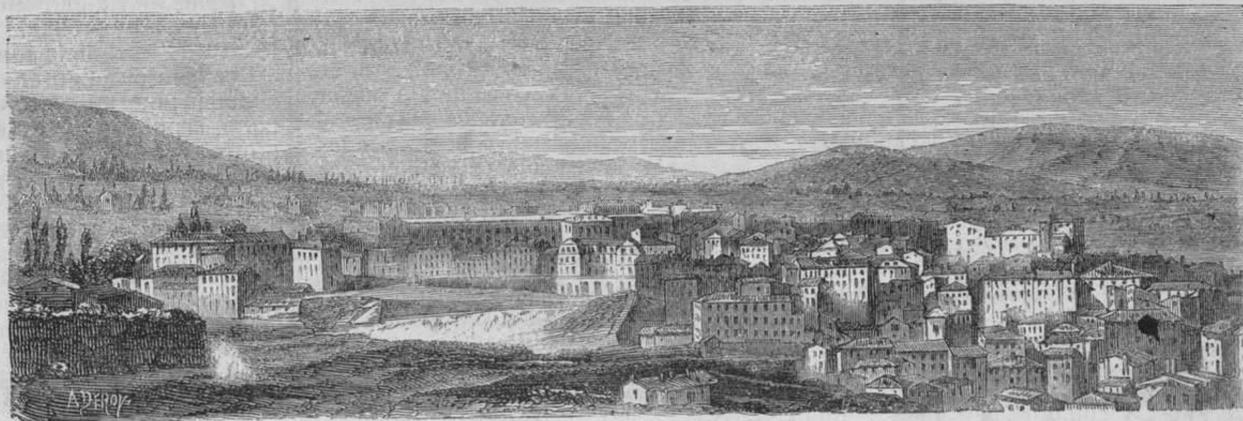
El pueblo de Annonay (Ardeche) donde nació Boissy de Anglas, ha querido elevar sobre una de sus plazas la estatua del héroe de prarial, y la inauguracion se hizo el 5 de octubre último con una gran solemnidad y en medio de un concurso inmenso, en el cual se distinguian muchos personajes oficiales.

La estatua es obra de M. Pierre Hebert, á quien se debe ya la estatua de Olivier de Serres. Boissy de Anglas está figurado en un sillón de presidente, con el traje de la época, casaca con grandes solapas, corbata hueca, pantalon ajustado y botas altas; tiene la cabeza cubierta. No hace ningun ademan; pero en la extraña expresion de su mirada se adivina la mágica resolucion de un alma que no flaqueará ante la perspectiva de la muerte.

El artista ha sabido ani-



Estatua de Boissy de Anglas en Annonay.



Vista de Annonay.

mar ese bronce, dar á su fisonomía un movimiento noble y sereno, y representar en la enérgica figura de Boissy de Anglas el héroe de una de las escenas mas dramáticas de la revolucion francesa.

El bajo-relieve que figura la escena del 1° prarial es tambien de M. Hebert, y atestigüa una vez mas el talento y el vigor del artista. P. P.

Apuntes para escribir la Historia DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX.

I.

Corria á la sazón el año de gracia de 1852, y allá por el mes de octubre, conoció el autor de estas líneas, en los corredores de la universidad de Madrid, á un jóven como de veinte y uno á veinte y dos años, de mediana estatura, de agradable presencia, de tez morena, de fisonomía dulce y simpática; su mirada revelaba inteligencia y viveza andaluza, sus facciones eran regulares y expresivas, y sus largas melenas, negras como el azabache, y sus correspondientes bigote y perilla, le daban un aire mas propio de los rendidos galanes del tiempo de Felipe IV que de un estudiante del reinado de Doña Isabel II. Su ademán pensativo, su andar pausado y cabizbajo, el aislamiento en que le veiamos siempre, pues jamás se juntaba con sus demás compañeros, y cierta desidia en su traje, todo en aquel jóven dejaba entrever un no sé qué de triste y de profundamente hastiado, que decia á voz en grito que aquella inteligencia estaba herida en lo mas vivo y que aquel corazón estaba enfermo de gravedad. No sabia yo el nombre ni las condiciones personales de ese jóven; sabia únicamente que era un estudiante. Debajo de aquellos sombreros y de aquellas capas color de chocolate, ¿quién sabe los arcanos que se esconden, y los poemas que brotan para ser conocidos algun dia ó para permanecer por siempre en la oscuridad?... Al principio del curso pocos estudiantes se conocen, sobre todo no habiendo sido compañeros en los años anteriores; aquel jóven estudiaba el cuarto año de jurisprudencia, y yo el primero, y aunque nuestras asignaturas eran distintas, por una de aque-

llas circunstancias, hijas de los diferentes reglamentos y planes de Instrucción pública que ha habido en España, hasta que definitivamente se promulgó la ley vigente, teníamos que asistir alumnos de cuarto y de primero a una misma cátedra, la de *Filosofía y su historia*. No recuerdo precisamente si algún tercer estudiante se encargó de presentarnos a ese joven y a mí, con las fórmulas acostumbradas, ó si, acordándonos los dos de que no estábamos pisando las alfombras de ningún aristocrático salón, sino los simples ladrillos de una universidad, y que nuestro traje no consistía en esa ridícula prenda que se llama frac, ni en la petulante corbata blanca, sino que dos capas españolas cubrían la mayor parte de nuestro cuerpo, el caso es que empezamos a entablar conversación, y que hablando y hablando se nos pasó muy agradablemente el rato, a mí a lo menos, hasta el momento de entrar en el aula. Ocho días después éramos íntimos amigos, y desde aquella época nuestras relaciones no se han interrumpido un solo instante, y espero que no se interrumpirán jamás.

II.

He dicho antes que las miradas de aquel joven revelaban inteligencia suma y viveza andaluza, y andaluz era en efecto el que había visto por primera vez la luz del día en las pintorescas playas de Sanlúcar de Barrameda, y veinte y dos años tenía en octubre de 1832 el que había venido al mundo el 20 de agosto de 1830.

La historia de ese joven es la misma que la de tantos otros que se paseaban aquella mañana en la universidad central. Hijo de padres honrados, y que pertenecían á una familia distinguida y acomodada, oriunda de las provincias Vascongadas, atravesó mi amigo los años de su niñez y los primeros de su juventud, al lado de su excelente madre, que adoraba en él, como todas las madres que merecen este nombre, aman a sus hijos hasta la idolatría. Tuvo mi amigo la desgracia de perder a su padre siendo aun muy niño, y su madre, señora de mucho talento, consiguió a fuerza de desvelos suplir en lo posible la irreparable pérdida que había experimentado su hijo, dando a este lo que seguramente le hubiera dado su padre, una educación ejemplar y una instrucción sólida y variada.

Parece ser que durante sus primeros años, la salud de mi compañero fué en extremo delicada, hasta tal punto que su prudente madre no permitió que fuese a ninguna escuela, para evitar en lo posible que tomasen pavor sus facultades intelectuales, interin las corporales no se desarrollasen más. Diez años contaba, y aun no había abierto una cartilla; pero para que su inteligencia no se adormeciera, discurrió su madre entretenérle agradablemente, durante las largas horas que pasaba el pobre niño, ya en la cama, ya encerrado dentro de su cuarto, y con el objeto de que estas distracciones fuesen al mismo tiempo que provechosas para su salud, útiles y provechosas también para su inteligencia, empezó a leerle algunas páginas de ese admirable libro que ha inmortalizado el nombre de su autor y el de su héroe, el famoso hidalgo de la Mancha. No tardó el niño en cobrar afición a esta lectura, y antes de que su madre creyese oportuno empezar a leerle algún capítulo para amenizar un poco las fatigas del día, ya estaba el chico entusiasmado y loco de contento con la continuación de lo que él llamaba probablemente el cuento de *verdad*, pues este es el nombre que dan los chicos a todo lo que oyen: el que una historia sea *verdadera*, es decir, que haya realmente acontecido es el bello ideal de sus tiernas imaginaciones. Mas de una vez fué preciso recurrir a Sancho Panza ó a alguno de los razonamientos de Don Quijote, para que tomase sin repugnancia algún insipido caldo de enfermo, y quizás sin la aventura de los Molinos de Viento, hubiesen sido ineficaces más de cuatro medicamentos. De este modo aprendió mi amigo el *Quijote*, aun antes de saber que había cinco vocales en el alfabeto castellano. La salud del niño enfermizo mejoró bastante, y en dos ó tres años pudo recuperar el tiempo que algunos llamaran perdido, y que yo llamaré ganado. A catorce años sabía lo que la mayor parte de los jóvenes no saben a los diez y seis ó diez y ocho, ¡él que había comenzado su educación literaria a los once años!

III.

En 1844 los carteles del teatro de Jerez de la Frontera anunciaban la primera representación de una pieza andaluza, en un acto y en verso, original de un escritor novel. La pieza se titulaba *Por dinero baila el perro*: se estrenó en efecto, fué estrepitosamente aplaudida, y su autor llamado al palco escénico al final de la representación. El autor se presentó, y el público jerezano aplaudía con frenesí a un muchacho de *catorce años*, autor de aquel juguete dramático. Me parece excusado decir que no era otro que mi futuro compañero de universidad.

A pesar de su gran triunfo escénico, no se llenó de orgullo, ni menos de vanidad, el precoz autor de *Por dinero baila el perro*. Considerándose un niño, y no un poeta dramático, estudió con gran aprovechamiento en el Instituto de Jerez, sobresaliendo sobre todo en las matemáticas, para las que mostró mucha disposición y decidida afición. Esta visto que las ciencias exactas no están reñidas con la poesía: don Alberto Lista era profesor de matemáticas a los trece años, y como poeta lírico ha dejado a sus contemporáneos, entre otras joyas, la *Muerte de Jesús* y la *Batalla de Bailén*.

De los maestros que tuvo por aquella época el autor de la pieza andaluza, aquel de quien conserva más gratos recuerdos es el virtuoso sacerdote y sabio literato don Juan María Capitan, el cual cobró tanto cariño a su discípulo que no se separaba de él, guiándole con mano paternal en sus primeros estudios literarios. ¡Qué dulces recuerdos conserva el autor dramático de Sanlúcar de Barrameda de los felices días de su primera juventud, y de aquellas tranquilas horas que se pasaban alternativamente traduciendo las cartas de Cicerón, la epístola a los Pisonés y las divinas églogas del poeta mantuano, aprendiendo la geografía y la historia, la lógica y la retórica, la física y las matemáticas, y recibiendo al mismo tiempo sanos y prudentes consejos de su querido maestro, para que más tarde pudiese el discípulo conducirse en el mundo como hombre honrado y como hombre de ciencia! No pronuncia mi compañero el nombre de don Juan María Capitan, sin que una lagrima de gratitud humedezca por algunos instantes su megilla. La gratitud es una de las prendas más estimables en el hombre, por lo mismo que es desgraciadamente tan rara.

IV.

Concluidos los estudios de filosofía, emprendió mi amigo lo que llamaré *la carrera de todo el mundo*, — la de la mayor parte de los españoles, la mía, la de no pocos de los que leerán estos renglones, — la carrera de la abogacía. Como en Jerez no hay universidad, prefirió el autor de *Por dinero baila el perro* estudiar en Madrid, a emprender la jurisprudencia en Sevilla ó Granada, únicas ciudades de Andalucía en que se pueden seguir académicamente aquellos estudios. Marchó pues a la coronada villa, en unión de uno de los compañeros de su infancia, del más querido de sus amigos, y de quien tendré ocasión de hablar más adelante. Grande fué el sacrificio del buen hijo al separarse de madre tan tierna y cariñosa, y grande fué también el sacrificio del aprovechado é inteligente discípulo al separarse del sabio y virtuoso maestro. Pero... ¡desgraciado de aquel que no vive de abnegaciones y de sacrificios!...

No debo pasar adelante sin mencionar un triste suceso, que ha tenido gran influencia en el porvenir de mi compañero. He dicho antes que este tuvo la desgracia de perder a su excelente padre siendo todavía muy niño, y aunque la familia contaba con bastantes bienes de fortuna, desde la muerte de aquel, el caudal que poseían vino cada día a menos, hasta que en un pleito que sostuvo la viuda, esta perdió cuanto le restaba, quedando por consiguiente toda la familia en un trágico estado. Es muy posible que sin este doloroso acontecimiento, el joven estudiante no hubiera abandonado el suelo de Andalucía para ir a continuar sus estudios en la corte de España. Mas la necesidad de ganarse la vida, y hasta de ayudar en lo posible a su madre y hermanos, fué lo que decidió al buen hijo a marchar a Madrid, en donde al mismo tiempo que no interrumpía su carrera, podría escribir para el público, que era en lo que cifraba toda su ambición y todo su porvenir.

V.

En una modesta casa situada en la travesía de Trujillos, y en una humilde habitación del último piso, vivían en el año de 1850 dos jóvenes andaluces, ambos escritores, ambos artistas, ambos avidos de reputación y sedientos de gloria. El uno pasaba las noches escribiendo, las mañanas en las aulas de la universidad central, y las tardes en las salas de la Biblioteca nacional. El otro hacía poco más ó menos lo mismo, solo que en lugar de ir a la universidad, frecuentaba durante algunas horas del día el taller de un distinguido pintor escenógrafo. Y así pasaban los días, los meses y hasta los años... Dos ó tres siguieron llevando la misma existencia, viviendo de ese modo, sin más amparo que su fe y sin más esperanza que su porvenir; pobres, oscurecidos, sin que casi nadie supiese que semejantes seres existían en el mundo, nadie... a excepción de las familias de entrambos, sus maestros y media docena de amigos.

Creo inútil decir á mis lectores que los dos habitantes de la travesía de Trujillos no eran otros que el poeta de Sanlúcar de Barrameda y su íntimo amigo y paisano.

Cinco ó seis comedias tenía escritas el autor de *Por dinero baila el perro*. Ya había llegado pues el momento de presentar alguna de ellas a los empresarios de los teatros de Madrid para que fuese puesta en escena. Y aquí empieza el capítulo más doloroso de la historia de mi compañero, y lo más triste del caso es que la mayor parte de las amarguras y de los desengaños por que tuvo que pasar, pertenecen al número de aquellos por los cuales tiene que pasar y ha pasado casi siempre la mayoría de los escritores desconocidos, aquellos de quienes nunca se dice *Fulano de Tal*, sino *un tal Fulano*. No conozco nada más triste en un hombre que carecer de personalidad propia.

Ha dicho el mismo poeta de Sanlúcar, en una de sus comedias, que en este mundo *no hay hombre sin hombre*, lo cual es una verdad como un templo, y como él no encontraba ese hombre que tanta falta le hacía, transcurrieron los meses, y sus comedias no se representaban. Remitió una de ellas a la empresa del teatro del *Instituto*; esa comedia, si mal no recuerdo, se titulaba *Flores y perlas*; el empresario, que era al mismo tiempo

un actor distinguido, se la devolvió al poco tiempo, diciendo... yo no sé lo que dijo, pero probablemente diría una de las muchas tonterías que suelen decirse en esos casos. El verdadero caso es que la comedia no se representó, con lo cual perdieron tanto el autor como la empresa.

Con otra comedia, cuyo protagonista era Quevedo, se dirigió a la empresa del teatro de *Varietades*: el empresario, que era igualmente un actor, muy querido del público por cierto, debió contestarle lo que su colega el del *Instituto*. La comedia fué devuelta a su autor, el cual, — hombre de perseverancia, tuvo la paciencia de seguir presentando dramas y comedias, que corrieron la misma suerte que *Flores y perlas*. — Un tomo en folio se podría escribir contando las aventuras del infeliz poeta de la travesía de Trujillos: cada semana una nueva aventura; cada día mil anécdotas curiosas. Muchos nombres de célebres literatos, de periodistas que todo el mundo conoce, de actores de reputación, de empresarios queridos del público, podría sacar á relucir en este momento, pero no quiero citar nombres propios cuando se trata de censurar.

VI.

Estaba visto que por medio del teatro no podía alcanzar gran celebridad el que á los *catorce años* había conseguido hacerse aplaudir con una pieza andaluza. Era preciso tomar otro rumbo, y habiéndosele presentado... (¡aun me está pareciendo inverosímil!) nada menos que un editor... un editor de novelas, el poeta de *Flores y perlas* se decidió a escribir en un género para el cual ya había demostrado gran disposición y muchísima afición desde niño, género que ha inmortalizado en Inglaterra los nombres de Cooper y de Walter Scott, en Francia el de Balzac y cien otros, y que en España no ha echado sin embargo grandes raíces, si bien ha habido en casi todas sus épocas literarias escritores que lo han cultivado con bastante acierto. Espero que nadie sacará á plaza el *Quijote*, pues este admirable libro será todo lo que se quiera, excepto una novela, en el verdadero sentido de la palabra.

Ya fuese que la salud de mi amigo había sido siempre bastante delicada, ya que las fatigas, los desvelos, y sobre todo los sinsabores que estaba pasando, desde que abandonó el patrio hogar, le hubiesen puesto en un lamentable estado de salud, lo cierto es que de día en día iba empeorando, y que a medida que sus facultades intelectuales tomaban mayor cuerpo, su físico y su moral se iban debilitando cada vez más. Con una fiebre casi continua, tenía que ir diariamente a la *Biblioteca nacional*, para sacar apuntes y consultar autores, cuyas obras le era imposible adquirir por falta de recursos.

Proponíase dar á su editor una novela del género histórico, y no quería hacer lo que tantos otros hacen, — apuntar hechos falsos, fijar fechas inexactas, presentar caracteres que nunca han existido, hacer descripciones inverosímiles y narraciones imaginarias; en una palabra, no quería hablar de una época dada de nuestra historia y retratar personajes que han existido, sin conocer bien esa época y estudiar á fondo esos personajes. Pasaba cuatro ó cinco horas del día en la *Biblioteca*, y el descanso que encontraba llegando á su casa, consistía en poner en orden esos apuntes, y en escribir cuartillas de papel, que pasaban inmediatamente de su mesa de pino a las cajas de la imprenta. En quince días concluyó su novela, y el pródigo editor le envió *quinientos reales* en pago de su trabajo. Otros *quinientos* obtuvo el día en que acabó de imprimirse: total, *mil reales* por una *novela histórica original*. Luego diran que en España no se recompensan los trabajos literarios y que no se alienta á la juventud estudiosa. ¡Qué calumnia!

Todos los amigos que frecuentaban el hogar del poeta de la travesía de Trujillos se consideraron muy felices al ver que había en la tierra un hombre tan desprendido que ofreciese aquella suma al autor de una novela; así es que todos ellos ayudaron, cada cual con una novela original, a aquella empresa literaria. Luego diré algo acerca de estas novelas y de los amigos del autor de *Flores y perlas*. Ya que este no podía dirigir su atrevido pensamiento hacia los diferentes templos que se habían levantado á Talía en la corte de las Españas, tuvo que consolarse con seguir teniendo relaciones literarias con el editor de novelas, y sin perder tiempo, escribió en quince días una novela de costumbres, *el Alfiler de diamantes*, la cual no se ha impreso aun, por lo que es muy probable que su autor no haya cobrado todavía el total de la suma convenida.

Cualquiera se figurara que aquella *viña* iba á ser inagotable; que un editor que daba tan poco y que exigía tanto, seguiría siempre exigiendo lo mismo y dando lo propio... pero nada de eso: aquel hombre debió a pesar de todo hacer *malos negocios*; el caso es que no se escribieron más novelas, quedando el poeta de Sanlúcar sin empresarios y sin editor.

VII.

En el año cómico de 1851 á 1852 tomó por su cuenta el teatro de la Cruz de Madrid, teatro que ya no existe, un actor de mucho mérito y único en su género, don José María Dardalla. Una de las actrices de su compañía, doña Josefa Hernandez, buscaba una comedia *ad hoc*

para la noche de su beneficio; una pieza corta, del género andaluz, escrita en *caló*, el lenguaje de los gitanos de Andalucía. Se encargó de escribirla el autor de *Por dinero baila el perro*, y veinte y cuatro horas después remitió a la interesada una *parodia* del conocido drama *Adriana Lecouvreur*, que en aquella época era la obra más aplaudida y el caballo de batalla de la eminente actriz doña Teodora Lamadrid. La *parodia* obtuvo el mismo éxito que el drama *parodiado*, y su autor guardó el incógnito, a pesar de los deseos que mostró el público por saber su nombre.

Los estrepitosos aplausos que alcanzó el ignorado poeta de la traviesa de Trujillos, sirvieron, — ¡cosa bien rara por cierto! — para amargarle aun más la existencia, y para que su espíritu enfermase todavía más. Haber nacido poeta dramático, tener un alma y una inteligencia exclusivamente artísticas, tener por única vocación escribir comedias, por única distracción los cuadros y los libros, por única afición el teatro, — ¡siempre el teatro! — no pensar en otra cosa, no hablar de otra cosa, no soñar con otra cosa; contar con el teatro como único recurso para atender a las necesidades de la vida, y para ayudar a su madre y hermanos, ser, en una palabra, el teatro su pasado, su presente y su porvenir, y ver que el tiempo iba transcurriendo sin haber podido lograr que se representase alguna de sus obras, una obra seria y formal, una comedia, ya de costumbres, ya histórica, en tres ó más actos y en verso, era verdaderamente para desesperar a cualquiera, y para concluir con todas las ilusiones que puede abrigar la inteligencia más robusta y el corazón más juvenil.

En esta triste y desgarradora situación (pues desgarrador es ver a un joven de talento, cuyos recursos materiales le son cada día más escasos), tuve el gusto de conocer al autor de *Por dinero baila el perro*. Una comedia de costumbres del día, en tres actos y en verso, estaba escribiendo en aquella época; dos actos tenía escritos en octubre de 1852, y estaba acabando el último el día en que nos dirigimos por primera vez la palabra.

(Se concluirá.)

Revista de Paris.

Se sabe ya oficialmente que el nuevo boulevard del Príncipe Eugenio será inaugurado el 7 de diciembre por el emperador, a su regreso de la residencia de Compiègne. Entre tanto, en este sitio imperial menudean las fiestas. Los días de la emperatriz parece que se han celebrado brillantemente. Cuentan los diarios, que entre los numerosos ramilletes presentados con este motivo a la emperatriz, se distinguió principalmente el del ministro de Italia, señor Nigra, que había llegado de Génova con toda su frescura y ofrecía una hermosa reunión de camelias blancas y rosadas entre violetas de Parma. En la noche de aquel día se representaron dos piezas por aficionados de distinción: eran la *Sucesion Bonnet* y la *Cuerda sensible*. Asegúrase que esta última tuvo por intérpretes a los señores de Morny, Merimée, Eduardo Delessert, el marqués de Massa, y la señora de Sauley. Esta semana ha salido de Paris la tercera serie de los convidados a las fiestas imperiales, serie más numerosa que las anteriores, pues comprende cerca de cien convidados, entre los cuales se citan los nombres de los señores de Walewski y de Persigny, el príncipe y la princesa de Metternich, el príncipe de Reuss, etc.

Ya que hablamos de Compiègne, vamos a dar cuenta de un curioso suceso musical que ha tenido lugar en aquella residencia. Se trata de un órgano eléctrico que se ha tocado allí, en medio de la admiración de las personas presentes.

El inventor, oriundo de Tréveris, ha dado al instrumento una fuerza infinita, y la pieza que tocaba se repetía sobre un piano colocado al otro extremo del palacio.

El ejecutante asegura, que tocando una pieza en Paris se reproducirá instantáneamente en San Petersburgo, con tal de que se hallen intactos los alambres eléctricos.

Gracias a esta invención, los pianistas podrán establecer un sistema cómodo para dar conciertos europeos.

Entre la inundación de anuncios que cubren diariamente las últimas páginas de los periódicos de Paris, se leían días pasados las siguientes líneas:

«Se espera sin tardanza al gimnasta americano Olmar, calle... número... Comunicación de mucha importancia.»

Este gimnasta americano llamado Olmar, ha sido la admiración de los parisienses durante este verano en el Circo de la Emperatriz, donde ejecutaba ejercicios tan horriblemente peligrosos que solo el recordarlos estremece.

El trapeo del famoso Leotard, comparado con estos juegos diabólicos, era cosa de niños. Sin exageración se puede asegurar que Olmar estaba en peligro de muerte todo el tiempo que duraba su trabajo. Por lo menos, así lo comprendían los espectadores, y en el vasto anfiteatro del Circo de la Emperatriz no se empezaba a respirar libremente hasta que el atrevido americano había dado fin a su vertiginosa tarea.

Ahora bien, sucedió que una noche, en el momento más crítico, se oyó en las primeras filas de los asientos un grito sofocado.

Una joven vencida por la emoción acababa de caer desmayada. La sacaron a toda prisa, y el aire fresco de los Campos Eliseos no tardó en hacerla recobrar los sentidos; pero la impresión de terror causada por los ejercicios de Olmar no debía disiparse tan prontamente.

Esta joven, que pertenece a una familia de elevada alcurnia, obtuvo fácilmente que su madre la permitiese mandar decir una misa cada vez que el nombre del gimnasta figuraba en los carteles del Circo, y no ha faltado a una sola de las funciones de Olmar.

Concluido el ajuste, Olmar ha salido para Inglaterra, y desde

entonces la joven a que nos referimos padece crisis nerviosas, que alarman extremadamente a su familia.

Por la noche, dice M. A. Second, que ha contado en su crónica semanal esta curiosa historia, la joven se despierta de repente y diciendo que acaba de ver al desgraciado artista cayendo y destrozándose en la arena de un circo.

— Me es imposible recobrar la tranquilidad y la salud, si el gimnasta no renuncia a su abominable profesión.

Y de aquí el anuncio mencionado más arriba.

Parece ser que la importante comunicación que le está reservada, es la siguiente:

«Acaba Vd. con sus ejercicios gimnásticos, y en cambio tendrá Vd. una renta vitalicia de 10,000 francos, que Vd. disfrutará en donde quiera.»

¿Leerá Olmar este anuncio? Y si acude al llamamiento que le dirige el padre de la joven, ¿se dignará aceptar la proposición?

Esto es lo que se ignora; y sin embargo, añade M. Second, estriba en ello la salud, el reposo y la vida de una adorable criatura.

El Teatro Italiano nos ha dado en la semana última la prometedora novedad del incomparable Mozart, titulada *Così fan tutte*, cantada por los principales artistas de la compañía. El libretto de esta ópera dividida en dos actos y tres cuadros, fué escrito por Lorenzo de Ponte, el autor del libretto de *Don Juan*. A la cabeza de las *Memorias* de este Lorenzo de Ponte, el constante amigo y compañero de Mozart, figura una carta de M. de Lamartine, en la que se leen las siguientes líneas: «— Lorenzo de Ponte pasó la juventud amando, cantando barcarolas y urdiendo intrigas carnavalescas en la plaza de San Marco; más tarde conoció al inmortal Mozart, a ese Rossini de su siglo, tan alegre como él, pero más sensible y espiritualista que el Rossini de nuestro tiempo. En su entusiasmo por la música, se consagró a ese Rafael de la melodía, y dió un cuerpo a todas las notas a las que daba un alma Mozart. Fué la sombra inseparable de este grande hombre. ¿No es algo? Mozart y Lorenzo de Ponte eran amigos. En aquellos tiempos un gran compositor no desdeñaba la amistad de un gran poeta. Las artes eran iguales y los corazones también; aparentemente no sucedía como en nuestra época.»

No obstante la opinión de M. de Lamartine, si Lorenzo de Ponte no tuviera otros títulos de gloria literaria que el del libretto de la ópera *Così fan tutte*, su reputación de gran poeta se vería gravemente comprometida. Nada más pobre en efecto que esta concepción.

Dos hermanas llamadas Fiordiligi y Dorabella deben casarse con dos oficiales, Fernando y Guillermo; pero hé aquí que a punto de celebrarse las bodas entre estas enamoradas parejas, interviene un filósofo rancio, don Alfonso, que no creyendo en la virtud de las mujeres, apuesta cien cequíes a que si se ausentan los novios, las niñas aceptarán los obsequios de otros dos pretendientes.

Los oficiales sostienen lo contrario y se someten a la prueba. El filósofo anuncia al instante a las jóvenes la marcha de sus novios.

— ¿Y porqué? preguntan muy compungidas las dos hermanas.

— Porque el rey los llama al regimiento, y es preciso que se pongan en camino inmediatamente. Ya os consolareis...

— Nunca.

Los militares se presentan en uniforme de campaña y fingen el más profundo dolor: la escena es desgarradora.

Un redoble de tambor pone fin a este cuadro lastimoso.

La doncella, Despina, prodiga sus consuelos a las infelices abandonadas, y los oficiales disfrazados vuelven a la escena con ánimo de hacer la corte a las jóvenes.

— ¡Cuán hermosas son! exclaman al verlas; ¡jamás se han visto bellas semejantes!

Sin embargo, son recibidos con desden, y Alfonso, que se ha constituido en director de la intriga, les hace representar la *parodia* de un envenenamiento por amor, estratagemas que sale coronada con el mejor éxito. Se convienen las nuevas bodas, aparece el notario, se van a firmar los capítulos matrimoniales, cuando hé aquí que de repente se anuncia el regreso de los primeros novios, que no hacen más que entrar y salir para cambiar de traje.

La apuesta está perdida por ellos.

— Este pícaro de filósofo nos ha inducido al mal, dicen las hermanas.

Y el filósofo restregándose las manos, exclama con alegría:

— *Così fan tutte*.

No hay para qué añadir que Fernando y Guillermo se casan, fundándose en que si es verdad el axioma de que «todas hacen lo mismo,» es igual casarse con ellas que con otras.

No creemos que el libretto de una ópera es cosa tan importante como se juzga en Francia; Rossini, Donizetti, Bellini y en general todos los maestros italianos han escrito varias de sus principales partituras sobre argumentos, que sin temor de exagerar, se pueden llamar absurdos desde la primera escena hasta la última; pero francamente, como este de que tratamos hoy, se han hecho pocos.

Por fortuna, la música de Mozart todo lo salva. A poco que en la situación domine un sentimiento tierno ó elevado, el gran compositor olvida las palabras para arrebatarle en alas de su inspiración siempre divina.

No es nuestro ánimo analizar detenidamente esta partitura, que sin contar la sinfonía encierra treinta y una piezas; pero sí señalaremos las principales, ó en otros términos, las que han sido mejor comprendidas por los artistas, y más aplaudidas por el público.

En primer lugar tenemos el quinteto de la despedida, pieza ejecutada admirablemente por la Alboni (Dorabella) la Frezzolini (Fiordiligi) y la Marie Battu (Despina), y por Bartolini (Guillermo) y Naudin (Fernando). El efecto que produce este quinteto magistral es verdaderamente extraordinario. Debemos citar después un hermoso trío cantado por Zucchini, que hace el filósofo con su gracia de costumbre, la Frezzolini y la Alboni; el aria de Fernando ejecutada con maravillosa perfección por el

tenor Nandin, y que el público no se cansa de oír, y el gran final del primer acto.

El éxito de las piezas que acabamos de señalar es inmenso; aun cuando la partitura no contuviera otras muy dignas también de ser aplaudidas, ellas solas bastarían para hacer la fortuna de las representaciones de *Così fan tutte*.

El señor Calzado merece las más cumplidas gracias por habernos dado a conocer esta ópera, una de las últimas que escribió Mozart, y no ejecutada en Paris hace cuarenta años.

Como si la colección de grandes cantatrices que figuran en la compañía del Teatro Italiano no fuese ya bastante numerosa, el señor Calzado acaba de ajustar a la Adelina Patti, una joven artista que debutó el domingo último con una aceptación prodigiosa. Por lo visto, no se ha equivocado la fama. La Adelina Patti, que ha traído a Paris una reputación colosal que le ha sido hecha en Inglaterra y en los Estados Unidos, está dotada de una voz agradable aunque no de mucha extensión, pero que ofrece la particularidad de amoldarse a los estilos más variados. No la juzgaremos pues por la primera prueba, y nos limitaremos a consignar aquí el triunfo completo que alcanzó en la noche del domingo.

Un tristísimo accidente ha impedido que se cantara esta semana en la Grande Opera la *Muda de Portici*, para la salida de Mario. El sábado por la noche en el ensayo general, en el momento en que principiaba el acto segundo, la célebre bailarina Emma Livry, encargada del papel de Fenella, se levantó de un banquillo donde se había sentado entre bastidores mientras la tocaba salir a las tablas, y al arreglarse su vestidura que se componía de diez faldas de tul, su movimiento produjo una corriente de aire, y llevó una punta de tela sobre un mechero de gas del bastidor: con la rapidez del relámpago todo el vestido se convirtió en una llama.

La joven lanzó un grito desgarrador y echó a correr a través del teatro envuelta en un torbellino de fuego. Todas las personas que se hallaban en el escenario ó entre bastidores se precipitaron al socorro de la artista; y apenas habían transcurrido algunos segundos, cuando un bombero provisto ya de una de las mantas incombustibles que siempre están preparadas para estos casos, se arrojó sobre Emma Livry, la hizo caer al suelo, y logró sofocar la llama, cuya intensidad se aumentaba a cada movimiento de la pobre joven.

El animoso bombero que dió muestras de tanta sangre fría en esta ocasión, salió con una mano quemada.

Hasta ahora no dicen los facultativos que la bailarina se encuentre fuera de peligro: sus heridas son muy extensas, aunque no profundas, y se halla acometida de una fiebre violenta. Entre las personas que se han interesado por la desgraciada joven, debemos citar al ministro de Estado conde de Walewski, que la ha hecho una visita y la ha prometido que la *Muda* no se ejecutará hasta que ella se encuentre restablecida, lo que no será pronto, por mucho que adelante su cura. A consecuencia de esta deplorable novedad, se dice que Mario debutará con *los Hugonotes*.

MARIANO URRABIETA.

Exposicion de Bellas Artes en Madrid.

El 10 de octubre último a las tres de la tarde se ha verificado en Madrid la solemne apertura de la exposicion nacional de Bellas Artes por SS. AA. RR. los Serenísimos infantes Don Francisco de Paula y Don Sebastian, con asistencia del jurado nombrado para la misma, de los ministros de la Corona residentes en Madrid, de todas las autoridades superiores de la provincia, de las academias, de la universidad, de la prensa periódica, de los artistas expositores, de los directores de las armas y otros altos funcionarios, así como de muchas personas de distinción invitadas a este acto por el ministerio de Fomento.

«A la puerta de la nueva y magnífica Casa de moneda, dice un diario de Madrid de donde tomamos estas noticias, en donde se halla establecida este año la exposicion, había una inmensa muchedumbre, que denotaba bien claro el grande interés con que nuestro país mira estas solemnidades, en que hace ya algunos años ve renacer cada vez con mayor brio el genio de la pintura española, que tantas maravillas produjo en otros tiempos.»

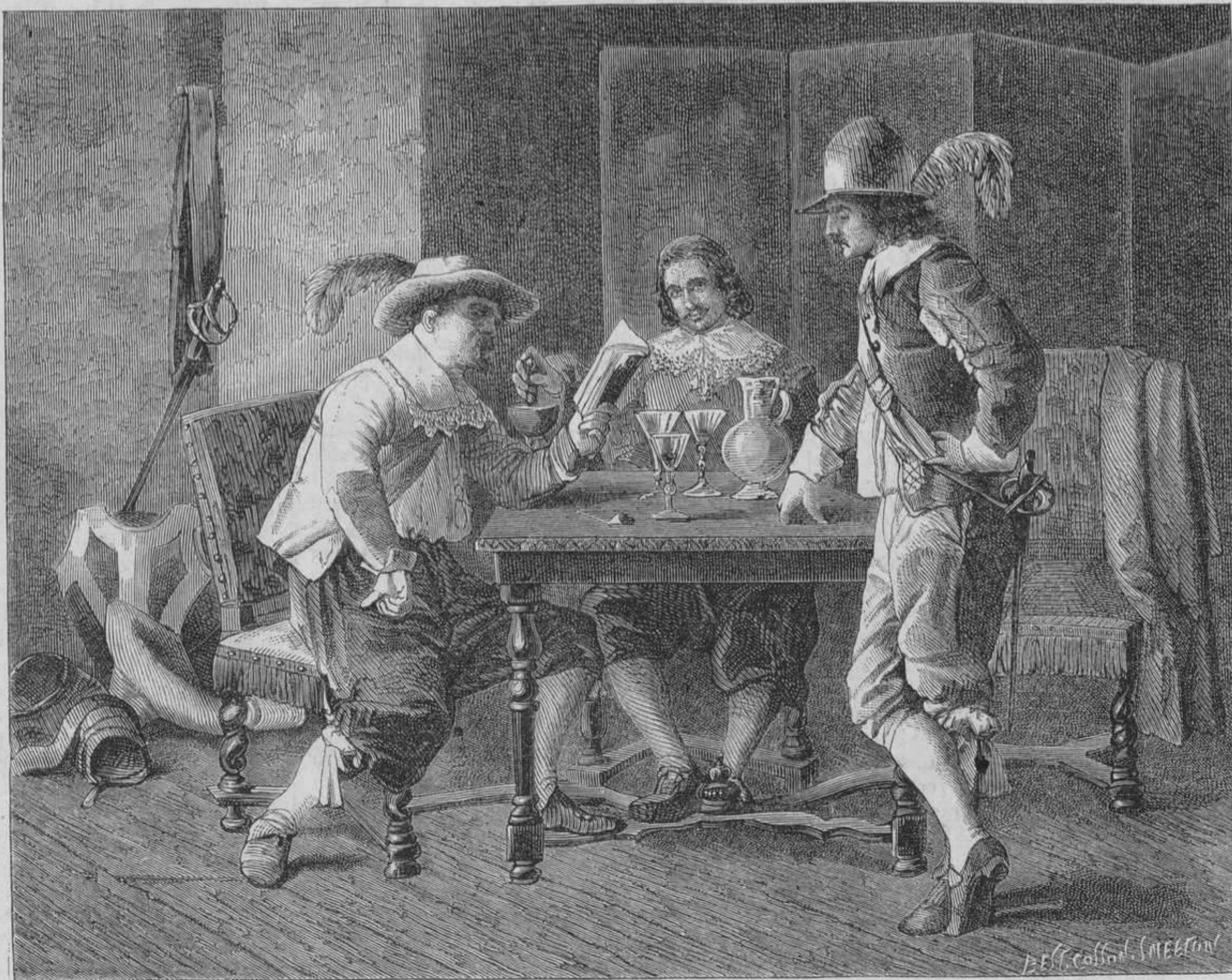
La hermosura del sitio, lo apacible de la tarde, las armonías de una banda militar establecida en aquel precioso patio, adornado de flores y verdura, el recuerdo de las notabilísimas obras presentadas en la exposicion anterior, y lo que ya se decía de las no menos sorprendentes que se han exhibido este año, y sobre todo, las hermosas y elegantes damas, que no se han desdeñado de realzar con su presencia los atractivos de esta fiesta nacional, han contribuido a embellecer y solemnizar la inauguración.

En cuanto al entusiasmo que la exposicion, rápidamente examinada, ha producido en el público, todo cuanto dijéramos sería poco. Todo el mundo conviene en que se advierte un progreso inmenso desde la de 1860, ya tan brillante, hasta la que acaba de abrirse. El número de obras expuestas es infinitamente mayor que ningún año, y entre ellas hay muchísimas de verdadero mérito y algunas que pueden llamarse de primer orden. También ha causado muy buen efecto el ver muchos nombres nuevos entre los expositores, y el considerar que entre los conocidos faltan algunos de gran fama; pues si bien esto último nos priva del placer de contemplar este año nuevas obras suyas, en cambio es grato considerar que además de los artistas que tan gran manifestación han hecho hoy del genio nacional, España encierra todavía otros genios laureados en anteriores exposiciones.

Entre los cuadros que mas han llamado esta tarde la atención a la escogida concurrencia que llenaba aquellos salones, se cuentan *el Viaje de la Virgen y San Juan á Efeso después de la muerte del Salvador*, de don German Hernandez; — *el Primer desembarco de Colon en América*, de don Dióscoro Puebla; — *los Naufragos de Trafalgar*, del señor Sans; — *las Cortes de Cádiz*, del señor Casado; — *el Entierro de San Lorenzo*, del señor Vera; — un cuadro de devoción, del señor Palmarioli; — varios países, del señor Haes; — *el Entierro de Lope de Vega*, del señor Llanos; — *el Sueño de Calpurnia*, del señor Alvarez; — algunos interiores, del señor Gonzalvo; — *el Dos de mayo*, del señor Castellanos; — *la Familia de Antonio Perez*, del señor Manzano, y otros que no recordamos en este momento.

Con inmenso placer lo consignamos. El arte español está de enhorabuena. La exposición de 1862 es un grande adelanto, es una gloria para nuestra patria. Y lo que sobre todo nos ha complacido es ver que la pintura resucita en España con caracteres nacionales, con espíritu propio, inspirándose por lo general en nuestros grandes maestros y buscando los asuntos en nuestra historia.

Repárese en los títulos de los cuadros que hemos citado a la casualidad, y se verá figurar entre ellos mas de una gloria española que carecia hasta ahora de un monumento. Después de las tragedias de *Don Alvaro de Luna* y de *los Comuneros*, que admiramos en exposiciones anteriores, nos agrada ver las epopeyas del des-



EXPOSICION DE MADRID. — *Los Oficiales de guardia*, cuadro del señor Zamacois.

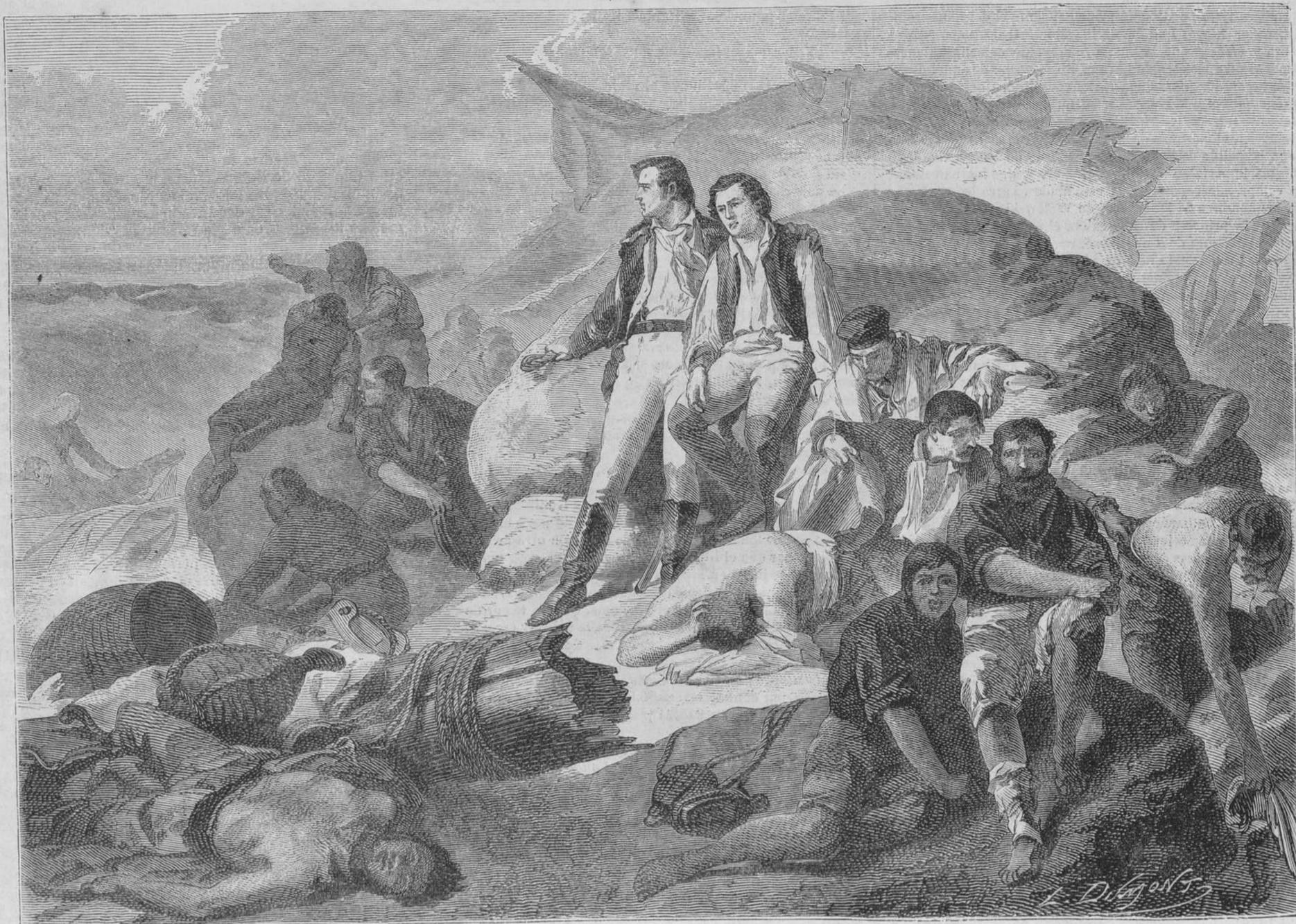
cubrimiento de América, de Trafalgar, immortalizadas por el pincel.

Cuando el arte emprende este camino, el espíritu patrio se consuela, porque comprende que España no se ha olvidado de sí misma y que todo le augura un porvenir de nuevas glorias.»

Como muestra de las obras expuestas en esta notabilísima exposición, reproducimos aquí los dos cuadros

man con la voz y el ademán; otros se esfuerzan en robar á las olas el exánime compañero; otros, indiferentes á cuanto les rodea, descansan en la inacción y alzan al cielo miradas de angustia y de resignación suprema.

En el centro un oficial, tal vez el comandante del buque, empuñando todavía la inútil y rota espada, sostiene á un guardia marina, un niño casi, próximo á



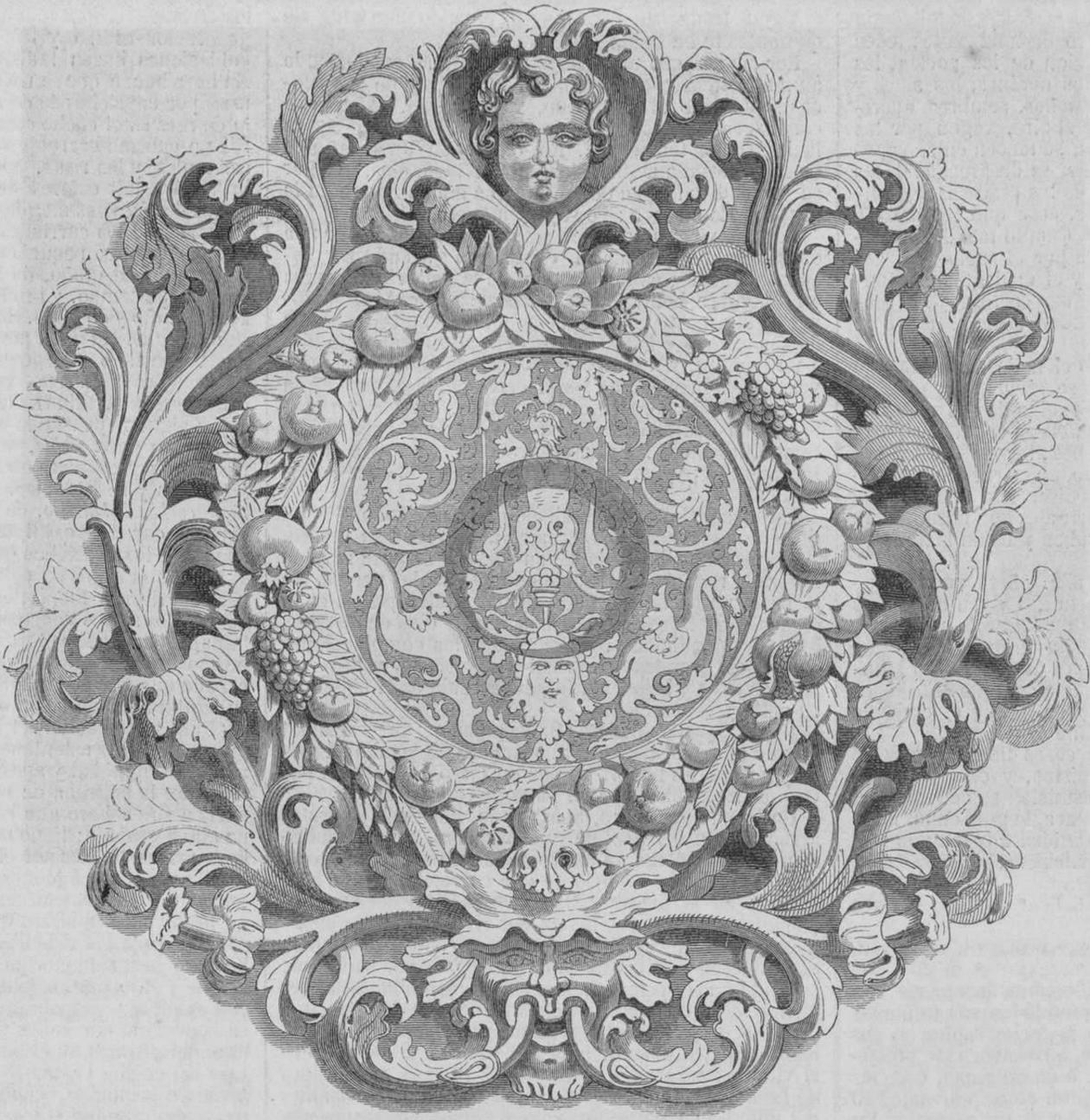
EXPOSICION DE MADRID. — *Los Naufragos de Trafalgar*, cuadro del señor Sans.

desfallecer á la fatiga quizás, quizás á las heridas recibidas en la batalla. El noble rostro del primero mira ceñudo al horizonte, donde parece, no desafiarse á la tempestad enviada por la Providencia, si al enemigo para provocarle de nuevo; el segundo se siente abandonado por el valor que le asistió durante el fuego, y desmaya al peso del redoblado infortunio. A los pies de este grupo yacen jarcias, poleas, trozos de mástil, y entre estos despojos el cadáver de un marinero.

Decíamos que esta parte nos parece la más débil de la composición. La figura del guardia marina es incorrecta, su cabeza apenas bosqueja la idea del pintor. El desaliño del traje del oficial es artificioso y compuesto; de cualquier modo que nos imaginemos haya podido llegar a tierra desde el puente de su navio, resulta siempre que nos le figuramos en estado de mayor desnudez y desorden.

En cambio los marineros que les rodean ofrecen rasgos grandiosos y magníficos. El pincel está manejado con valentía y ha dado en el lienzo toques de verdadero genio.

Para estimar la serena energía, la fortaleza heroica de aquel marinero herido en la pierna sentado en el suelo, que cruza con sublime indiferencia las manos sobre la rodilla, es preciso trasladarse á las grandes concepciones de Miguel Angel. Nosotros hemos visto ese tipo hercúleo de cuerpo y de alma, esos hijos de la mar de sobrehumano valor, cuando milagrosamente salvados de la muerte llegan al templo y se postran agradecidos á los pies de María, su estrella y su protectora; hemos contemplado con respeto sus rostros curtidos, su mirada serena que acostumbrada á contemplar de frente las iras del cielo, nada teme de los hombres; el naufragio del señor Sans ha renovado aque-



MUSEO CAMPANA. — Fuente de Faenza orlada. — (Véase el número 502.)

llas escenas de nuestra infancia vigorosamente impresas en nuestro corazón, las figuras de su cuadro se han animado, y su acción palpitante, vigorosa y resuelta, ha ocultado aquellas imperfecciones que pudieran chocar al análisis del crítico.

en un caballo, es indudable que en sus altos fines le destinaba a tales honores, puesto que puso á su disposición el noble corcel, el paciente camello, el manso buey y otros brutos domésticos. Andar á pié, por mas que los pies sean para andar, es propio de bajos seres.

Hasta la opacidad y tibieza del color que censuran los que conocen otros cuadros del autor, como mala tendencia suya, armoniza en el caso presente con la escena y el asunto, y nosotros en tal concepto la hemos aplaudido.»

El otro cuadro que reproducimos tiene por título *los Oficiales de Guardia*, y es obra del señor Zamacois. — Esta pintura recuerda el género del pintor francés M. Meissonnier, de quien es discípulo aventajado el señor Zamacois. No hay duda que se halla lejos aun de su modelo, pero desde luego se puede ya afirmar que posee varias de sus principales cualidades: gracia en la composición y finura en los detalles. N. E.

Los carruajes.

Si remontando el río de la historia tratásemos de hacer la *biografía* del carruaje, la enumeración de sus diversas formas, de su progresivo desarrollo y perfeccionamiento, sacaríamos en limpio esta consecuencia: que siempre se ha mirado como un honor el andar en pies ajenos; sea que con esto se haya querido indicar que el hombre grande no debe hollar el polvo que huella el miserable; ya que debe andar mas elevado; ya que el hombre tiende á encumbrarse á la altura del ángel y solo puede elevarse á la del cochero.

Y en efecto, aunque Dios no crease al hombre subido en un carruaje, ni montado



MUSEO CAMPANA. — Una batalla, cuadro de Paolo Uccello.

Los ángeles nos los representan con alas; la mitología nos muestra a Apolo en un carro deslumbrante; todos esos seres que crea la imaginación de los poetas, los genios, las hadas, las silidas, las ondinas, los silfos y toda esa caterva misteriosa de sueños, sombras, apariciones y fantasmas, cruzan por el aire, vagan por las nubes, se deslizan por las aguas, se mecen entre vapores, cabalgan en un rayo de luna, se desprenden de las estrellas, resbalan por la yerba de las praderas; no andan. Por lo visto mover los pies, cosa que hacemos a cada paso, es cosa vil é indigna. Cuanto mas bajo y abyecto es un ser, mas se arrastra por el suelo. Por eso el héroe que se siente grande y el opulento que contempla sus tesoros, trepan sobre una carroza, y sin mover los pies ni pisar la tierra andan deslumbrantes de majestad.

Hoy las ciudades han perdido el majestuoso silencio de los antiguos tiempos. Ya no se escucha en ellas la voz del orador suspendiendo al pueblo de sus elocuentes labios, ni el rumor de las públicas conversaciones, ni el clamoreo de las aclamaciones; hoy se oye un rumor sordo, constante y monótono, un estruendo interminable que apaga las voces y los discursos. Es la voz de la civilización, el ruido de los carruajes que hormiguean por todas partes, que cruzan, suben y bajan incesantemente.

Coches por aquí, coches por allá. ¿Será que los humanos se han convertido en coches, ó viven en coches en vez de casas y tienen ruedas en lugar de pies? No, sino que así como un niño necesita un juguete con que divertirse, la sociedad, que solo es un gran niño antojadizo, necesita también un juguete con que entretener sus ocios ó satisfacer sus caprichos, y hoy el carruaje es la muñeca con que el gran niño se divierte.

Todas las pasiones, todas las cosas tienen una parte impalpable, que es la pasión misma, y otra palpable, que es su manifestación. La presunción se convierte en un adorno, la pereza en una butaca, la gula en un manjar, el crimen en un puñal, la vanidad hoy toma la forma de un carruaje, primera é indispensable necesidad, sueño dorado del hombre moderno.

¡Un carruaje! ¡Un par de caballos! ¿Qué no se hace hoy por poseer tales tesoros?

El abogado que trabaja noche y día sin descanso, formula sus esperanzas en un carruaje; el médico que lucha con las enfermedades y ahuyenta la muerte con el conjuro de sus recetas, ve premiados sus esfuerzos con un carruaje. El hombre de negocios aspira en sus cálculos a descifrar este enigma, a resolver este problema: ¿de qué modo de la nada, ó de un papel, ó de las piedras, puede sacarse la incógnita de un carruaje? El término de las ambiciones del día es un carruaje. Un hombre no se considera legítimo hombre mientras no ha llegado a *echar coche*. Aunque tenga honores, posición y condecoraciones; aunque viva cómodamente, en buena casa, con buenos muebles, buena mesa y confortables chimeneas, se considera un pobre diablo si no tiene coche. Fulano tiene coche, es la fórmula con que se expresa el bienestar de una persona, pues tenerle representa el fin de su carrera a pié y el principio de la carrera en coche, que a galope, por la posta, conduce a las mas sublimes y encumbradas posiciones.

Sobre el *Ideal de la Humanidad* Krause escribió un excelente libro. Hoy puede escribirse en un renglón lo que el filósofo escribió en un tomo: el ideal de la humanidad hoy es nacer, vivir y morir en un coche. Dichoso el que se encumbra a un carruaje, pues encontró la piedra filosófica moderna.

Hoy la imaginación se forja un coche, el pensamiento se fija en un coche, las ilusiones son por un coche y las esperanzas de un coche, que es la imagen vaporosa que por todas partes sigue a la mente, como la sombra sigue al cuerpo, el anhelo constante que hace latir con doble fuerza el corazón.

La jóven que llega a los quince siente nacer en su pecho un misterioso deseo: es la necesidad de amar, es el hambre del corazón, que también el corazón tiene su hambre. Pero ¡ay! si el ser ideal que vaga por su mente, que aparece en sus ensueños, se le presenta pobre, á pié, sin ostentación, caen al suelo sus ilusiones, se apean del coche de la fantasía. Si apareciese entre el esplendor de la opulencia, encima de un carruaje, sublime como un dios, arrastrado por soberbios corceles como un héroe, derramando oro como Júpiter sobre Danae, esparciendo aromas como Flora de su seno, ¡cuanto mas ideal sería! Si aquel hombre le diese su mano adornada de brillantes, si hiciese protestas de amor envueltas en encajes y vestidos, si diese suspiros engarzados en aderezos, si la condujese al talamo nupcial por un camino de alfombras y allí los cobijasen colgaduras de terciopelo, y sobre todo, si la llevase á paseo en una magnífica carretela, ¿no sería aquel hombre mas sublime, mas tierno, mas galante, mas buen mozo y mas enamorado? ¿Quién se atreverá a tachar de prosaico a un siglo que de tal manera siente y piensa? ¿No es mas espiritualista, mas platónica una generación que quiere despojarse a la naturaleza humana de su fealdad y miseria, rodeandola de poesía y adornandola con los tesoros que produce la tierra y las maravillas que engendra el arte? Una sociedad que aspira a andar en coche, cuando menos es mas elevada que la que se contenta con poner la planta en el polvo donde el bruto imprime su huella, en el lodo donde el reptil se arrastra.

Conforme algunos saben, ó dicen y hacen creer que saben, sanscrito ó chino, supón, amigo lector, que yo, á fuerza de estudiar, soy mas sabio filólogo y entiendo el idioma de los carruajes.

Voy á traducirte literalmente el ruido constante de que antes te he hablado.

Por aquí asoma una elegante carretela conduciendo á un matrimonio con sus hijos. El run run de sus ruedas, traducido al castellano, va diciendo. « Este que conduzo ganó, no sé cómo, su dinero, me compró para lucirme una temporada. No piensa en asegurar una modesta fortuna á sus hijos. Rodar unos días, balagar su vanidad, tal es su deseo, aunque mañana lllore en la miseria. Es un loco: yo soy su juguete. »

Por allá viene una airosa americana ocupada por una dama elegante y solitaria. « Esta, van gritando las elocuentes ruedas, es una víctima de la ambición. Amaba a un hombre honrado que la adoraba: llegó un millonario; el aspecto de su opulencia la deslumbró, el ruido de sus carruajes la trastornó; entregó su mano, no diré a un hombre, a esos caballos que me conducen. ¿La veis? Pues hastiada de los placeres del lujo, desdenada de su marido, llora su antiguo amor, arrastra en carruajes su oculto dolor, tapa con sedas y encajes sus remordimientos. Es una desgraciada: yo soy su atormentador. » ¡Ay, si todos entendieran el idioma de los coches!

Mirad aquel faeton conducido por un jóven. Es un demente que rodando carruajes hace rodar su dinero, sin pensar que la rueda de su fortuna se gastará y su hacienda rodará por el suelo con risa de las gentes. No le basta un coche por comodidad? ¿quién piensa en la comodidad? Necesita uno cada cuatro días de distintas formas y condiciones. Apura todas las combinaciones de coches, grandes con caballos pequeños y vice-versa, lacayos altos y bajos. En fin, el carruaje es el objeto de su culto y veneración.

¿Veis aquella jóven? ¡Qué carruaje! ¡qué caballos! Parece una diosa y es... una mujer que vendió su primogenitura, su honor, no por un plato de lentejas, por cosa de mas valor, por un plato de carruajes.

Un jóven buen mozo, apasionado, haciendo protestas arrodillado a los pies de una hermosa, puede mucho sobre esta, halaga su fantasía, conmueve su corazón; pero el elocuente silencio de una carretela parada a su puerta, es la mejor y mas convincente declaración. ¡Cuántos enamorados tienen por rival un par de caballos! ¡Cuántos caballos se reirían si supiesen cuantos amantes prueban las insipidas calabazas por su causa!

Yo de mí sé decir, que enamorado no temblaría al ver cien rivales rodear al objeto amado; no temería que armados de punta en blanco me desafiasen, porque el amor acrecienta las fuerzas y el valor en la lucha. Pero si viese un carruaje á la puerta de su casa, ni la hidra de Lerna, ni el león de Nemea, ni las horribles visiones del infierno de Dante tornadas realidades erizarían mis cabellos ni me harían estremecer con mas espanto. Porque al fin, si un rival se os presenta, le podéis vencer con pruebas de amor á vuestra amada, y si os desafiara podéis luchar, podéis esgrimir la espada, poner quites ó dar tajos; pero ¿qué quites poneis a un carruaje? Para un amante es mas temible un tiro de caballos que un tiro de revolver ó de cañon rayado.

El carruaje es el peor enemigo de Cupido y el mas íntimo amigo de Himeneo. ¡Cuántos matrimonios hoy tienen por base cuatro ruedas, por lazos cuatro sopandas! ¡Cuántos tienen por freno el freno de sus caballos!

Contemplad aquel personaje arrellanado en su coche. Lo debe a sus intrigas, acaso a su mala fe; pero tiene coche, y ya es todo un hombre adulado, considerado, y aun buscado. Un carruaje es un tapa bocas, un cierra ojos y oídos.

En fin, lectores, los de á pié, si vais á uno de esos paseos donde hay mas coches que personas, estad seguros de que, aparte de los legítimamente tenidos porque *se quiere y puede*, y con los que no me meto, la mayoría se debe a la vanidad, una buena parte a la locura, varios al deshonor, otros tantos al fraude, y aun acaso alguno a la desvergüenza. El aspecto de tanto carruaje atestigüa grandeza; su rumor es el lenguaje elocuente que explica al observador la miseria que bajo todos los aspectos de aparente honradez ó repugnante y desembarazado descaro encierran esas rodátiles naves cargadas de vicios enteros, virtudes rotas y honras destrozadas; que llevan riquezas para traer pobreza. Si se medita despacio se vera que esos carruajes, al parecer tan cómodos ó inofensivos, para uno que conducen, tal vez atropellan cuatro.

Suele suceder que el mundo condena los vicios en pequeño y los autoriza en grande. Desprecia, por ejemplo, a la humilde meretriz, y ensalza a la que da su mano — y dar la mano es darse entera — a un hombre, solo porque es rico y tiene coches. De esta dice: « ¡Qué gran boda ha hecho Fulana! » A la otra la arroja de su seno. ¿Cual de las dos se prostituye mas? En la cantidad de la venta esta la única diferencia, por mas que muchos vistan de sedas esta verdad desnuda y la adornen de brillantes para disculpar y encubrir sus propias faltas y extravíos.

Hoy el que tiene coche quiere tener coches, y el que tiene pies aspira a tener coche. Hoy esta palabra es la mas noble, la mas útil y pronunciada, como que ella resume en sí las modernas aspiraciones. Hoy el coche es la epidemia contagiosa. ¡Feliz el que se ve atacado de ella! No llamara médicos. ¡Feliz yo si me atacara! Pero ¡ay! los males malos vienen pronto, y los males buenos rara vez llegan.

¿Porqué, pregunto yo, para andar, para visitar, para pasear, para ir al teatro, a bailes, a todo, se necesita coche? ¿Será que los hombres del día son mas perezosos, se cansan mas, sienten mas el frío y el calor que

los de antes? ¿Será que el perpétuo movimiento de esta generación-ardilla y las dimensiones de las modernas poblaciones hacen indispensables los carruajes? No. En hora buena que se usen por comodidad; pero hoy se usan por capricho: lo de menos es el coche como objeto; lo de mas es el coche como idea. Poned para convenceros un enorme carruaje a la antigua, tirado por pacíficas mulas, y las risas, como el sol en las nubes, harán brillar los mil colores del iris de la vergüenza en las nubes de vuestras mejillas.

Examinad los carruajes modernos. Se tienen por docenas, grandes, pequeños, de verano, de invierno, de primavera, de otoño, de mañana, de paseo, de noche, de caza, de campo, y pronto los habra de mujer, de hombre, de niño y de viejo. Hoy cada necesidad, cada diversión tiene su carruaje particular, cada edad el suyo propio. Véase si no el largo catalogo de nombres nacionales y extranjeros: clarens, breal, faeton, berlina, carretela, americana, tilburi, victoria, milord.... basta, que acaso algunos pensando que es letanía, á cada nombre respondan *para nobis*, en vez de *ora pro nobis*. Estos nombres representan otras tantas formas, colores, proporciones y resistencias. Hasta hay coches imperceptibles, *coches de bolsillo*, de paja, tirados por jacas microscópicas, con lacayos liliputienses, que a tales pequeñeces conducen los caprichos del hombre.

Ved los caballos en palacios por cuadradas, con criados para servirlos y limpiarlos, con ayudas de cámara para adornarlos: y los adornan en efecto tan bien, los ponen tan airoso y elegantes, que casi eclipsan en punto á hermosura a muchos de sus dueños. Mas feliz es hoy un caballo que muchos caballeros, tomando esta palabra en su legítimo significado.

¡Pues y los cocheros! Lujosos como principes, ¡con qué gravedad se ostentan en sus sublimes asientos! Casi, al ver su dignidad y apostura, dan tentaciones de sentarlos en la poltrona de un ministro. Hay quien piensa mas en su cochero que en su mujer. Hoy el cochero es un alto personaje; tiene mas blasones que su amo, pues lleva armas ducales por el cuello, por la espalda, por los bolsillos, por los faldones, en el sombrero; en fin, es una armería completa, un viviente tratado de heraldica, un archivo de nobleza, un principe de la sangre. Hoy el señor guía los caballos desde el pescante — tal vez llamado pescante porque desde él se pescan corazones — y el auriga, cómodamente recostado ó abrazado con sublime y cómoda gravedad al baston de su amo, es conducido por calles y paseos. Hoy el mejor caballo es el del *groom*. Con el tiempo el hombre *fashionable* tirara del coche, el cochero guiara, y el caballo irá muellemente reclinado, dándose mas tono que un baja de tres colas, aunque él solo tiene una. Acaso algun futuro escritor, derivandolo de coche, dara a este siglo el título de *cochino*, lo cual sería una grave injusticia é imperdonable ofensa, de la que sin embargo no podremos defendernos los que entonces seremos el polvo que levanten las ruedas de sus coches, si por entonces los usan.

Si descendemos a la honda filosofía de los quiero y no puedo coches de lujo, a las vastísimas consideraciones acerca de los universales *Simones*, asilos de tantas intrigas, de tantas personas de tan diversas condiciones; si hubiéramos de escribir un tratado sobre la inmensa significación que encierra una simple tarjeta con un *se alquila*, emblema de esta sociedad tan amiga de los alquileres y ventas, antes se habia de cansar de leer que mi mano de escribir, *verdades en camisa, poco menos que desnudas*, como dice Quevedo.

Si alguien quiere saber el sentido de estos renglones, lo sabra en pocas palabras: que en la rodátil locura que nos aqueja, hemos forjado un idolo que adoramos todos: es el *coche*; idolo-Proteo, imagen de sus adoradores, idolo con sus templos y sacerdotes, y en cuyo culto se emplean diariamente inmensas sumas; idolo forjado por el capricho mas que por la necesidad.

La sociedad es un gran coche, las pasiones los caballos, adornados, pero sin freno, que la arrastran por el camino de la perdición. La moda, ó mejor dicho la locura, es el nuevo y arrogante Faeton que la guía, y así va ello.

Las pasiones pues guiadas por la locura, ¿dónde podran llevarle mas que a un abismo en que ha de hacerse pedazos? Día vendra en que las futuras gentes, al ver las astillas, dirán: *che la diritta via era smarrita*.

JOSE ALCALA GALIANO.

Una noche terrible.

- Dick, estoy rendido de cansancio.
— Y yo tambien... ¿Se puede haber visto jamás un diablo de bosque como este?
— Y no solo estoy cansado, sino hambriento. Si por ventura encontrásemos un cuarto de venado y una botella de buen vino en...
— ¡Carlos, alto ahí! ¿Cómo puedes presentar á mi imaginación semejantes perspectivas? Me muere de hambre, y aun me excitas el apetito... Mira, no te ponga en el asador... Eres jóven, y Berta dice que eres tierno...
— Sí, de carácter. Demasiado se lo demuestro con mi amor... A veces me extraña que tú, que tanto quieres a mi hermana, no tengas celos de mí.
— En un principio los tuve, amigo mio... y de firme; pero luego me eché la cuenta de que Berta acabaría por casarse un día ú otro, y que lo mejor que podía hacer

era elegir á mi antiguo compañero de colegio, mi amigo Carlos Costarre; ya ves que habia un poco de egoismo en mi resignación.

— Dick, hemos estado juntos en la escuela, luego en el colegio, y pensaba yo que nada podía estrechar mas los lazos que nos unían; pero me engañaba. Desde que me he comprometido con tu hermana, me figuro que somos cincuenta veces mas amigos que antes.

Tales eran las conversaciones con que Dick Linton y yo tratábamos de abreviar el camino en tanto que atravesábamos una de las selvas del Norte de los Estados Unidos.

Dick era artista y yo cazador.

Por esto, cuando en un hermoso día de otoño me propuso ir á pasar una semana en los bosques para estudiar la naturaleza, acepté con júbilo, pues me pareció una excelente ocasión de ejercitarme las piernas y la mano.

Dick tenia un amigo que vivía en las orillas del lago de Eckford, y resolvimos hacer de su casa nuestro cuartel general.

Mi amigo, que se lisonjeaba perfectamente de conocer la selva, debía ser el guía, y de esta manera, con la escopeta al hombro, nos pusimos en marcha, confiando en que antes de cerrar la noche podríamos llegar al primero de los lagos de Eckford.

La selva era tan frondosa que apenas distinguíamos nada á pocos pasos delante de nosotros. Las ramas de los abetos, que se entrelazaban sobre nuestras cabezas, nos ocultaban la luz del día, en tanto que los agudos pederuales escondidos entre las yerbas nos desgarraban los piés.

Cuanto mas se acercaba el fin del día, mas perdíamos la esperanza de llegar á nuestro destino, y por la inquieta mirada de Dick podía juzgar yo que á pesar de su supuesto conocimiento de la selva, se habia perdido.

Únicamente cuando la noche cerró del todo, y entrambos nos hallábamos extenuados de cansancio y de hambre, logré hacerle convenir en ello.

Por broma le reconvine acerca del asunto, y Dick me respondió:

— De nada te sirve pregonar así nuestros percances á los cuatro vientos; no lograras otra cosa sino atraer á las panteras y á los osos. Es preciso hacer de tripas corazón y dormir sobre un árbol.

— Por mas que digas, yo no soy una ardilla, y no sé dormir sentado.

— Aprenderás, pues de no hacerlo así serás devorado por los osos.

— No, estoy decidido á caminar toda la noche. Mas si no me engaño, yo distingo á lo lejos una luz.

— Es cierto, alabado sea Dios; debe ser la cabaña de un solitario.

La luz que de repente habia llamado la atención de Dick era muy débil y parecia encontrarse como á media milla de distancia; pero el marino á punto de naufragar tiene la vista muy penetrante para distinguir una estrella de salvación. Nos dirigimos inmediatamente hacia aquel faro, y se habria dicho que habia desaparecido nuestro cansancio, pues marchábamos como si nuestros músculos hubiesen sido de hierro.

Al cabo de un buen rato llegamos á una vasta plazuela, y en uno de sus extremos descubrimos los contornos mal dibujados de una cabaña cuya única ventana dejaba escapar un débil rayo de luz.

Corrimos á llamar á la puerta; nos abrieron inmediatamente, y un hombre apareció en el umbral. Le expusimos nuestra situación, y nos invitó á entrar en la vivienda. Nuestro individuo nos ofreció todo cuanto posea en punto á viveres: tortas de raíces preparadas al modo indio, y un pedazo de carne de danta secada al fuego. Para nuestro hambriento estómago la carne era un bocado exquisito.

La cabaña en donde habíamos sido introducidos sin ceremonia tenia un miserable aspecto. Componiase de una sola pieza en la cual habia un fogón de ladrillos toscamente construido. Algunas pieles de danta y una vieja manta de lana estaban extendidas en el suelo en un rincón para servir de cama, y en cuanto á asientos, no habia mas que dos troncos de pino cerca del fogón. No se veía allí ninguna mesa. Una larga escopeta colgada de la pared completaba el mueblaje de la choza.

Si la habitación excitaba la curiosidad, mucho mas aun la despertaba su amo. En mi vida he visto un hombre de peor traza. De una estatura de mas de seis piés, con anchos hombros y unas manos enormes, debía ser un compuesto extraordinario de fuerza y de destreza. Tenia la cabeza estrecha y larga: sus cabellos rudos y en desorden caían sobre su frente deprimida, como si hubiesen estado untados de jabón. Sus ojos negros miraban entrambos hacia su nariz, lo que le daba la taimada expresión de un salvaje. Examinando atentamente sus facciones, en las cuales creí reconocer todas las malas pasiones, confieso que me senti sobrecogido de cierto sentimiento de terror, de que ya no pude desprenderme.

En tanto que nos traía la comida anunciada, le dirigimos algunas preguntas para hacerle hablar, pero se mostró muy silencioso y reservado. Nos dijo que vivía completamente solo, y que habia levantado su choza con sus propias manos, y añadió que se llamaba Joel. Diciéndole nosotros que se nos figuraba debía tener otro nombre, frunció el ceño en tanto que sus ojos lanzaban chispas.

Mis sospechas contra aquel hombre se aumentaron á la vista de unos zapatos que se hallaban en un rincón. Estos zapatos eran tres veces mas pequeños que los que llevaba aquel individuo, y sin embargo habia asegurado que vivía sólo.

¿A quién pertenecían pues aquellos zapatos?

Mis recelos crecían de punto cuando vi á Joel que tomaba nuestras dos escopetas y las colgaba de un clavo tan alto que ni Dick ni yo habríamos podido descolgarlas sin subirnos á una silla.

No obstante, en mi interior me sonreía al tocar con la mano el frío cañón de mi revolver que llevaba en mi cinto de cuero.

— Si el tunante tiene malas intenciones, se va á llevar un chasco muy pesado, pensaba yo.

Por esto no hice objeción alguna al ver que colgaba nuestras escopetas. Dick tenia también su revolver, y era hombre que sabia emplearle cuando llegaba la ocasión.

Por fin mis sospechas crecieron tanto que di parte de ellas á Dick.

Nada mas sencillo para aquel salvaje (yo estaba seguro de que tenia sangre india en las venas) que desgollarnos con la ayuda de algunos acólitos.

Linton se echó á reír, pero despues se puso serio y convino en el asunto. Resolvimos que en tanto que el uno dormiria velaria el otro, relevándonos en este cuidado toda la noche.

Joel nos habia cedido su cama de pieles de danta y sus abrigos, diciéndonos que él dormiria muy bien junto á la lumbre.

Como Dick y yo estábamos muy cansados, aspirábamos al reposo.

Despues de hacer una sólida comida, regada con una buena copa de aguardiente, yo, como era el mas joven, me acosté el primero.

Mis ojos se cerraron poco á poco, y ya no veía, sino como en una niebla, á Dick que velaba junto á la lumbre y el corpanchon del gigante tendido en el suelo.

Me pareció que apenas hacia cinco minutos que dormia, cuando Dick me despertó, diciéndome que mi hora habia pasado, y despues de haberme sacado de mi nido, se acostó él sin mas explicaciones y no tardó mucho en dar ronquidos.

Yo me restregué los ojos, busqué con la mano mi revolver, y me senté en el tronco de árbol para comenzar mi guardia.

El coloso parecia estar sumergido en el sueño mas profundo, y su cuerpo me aparecia verdaderamente gigantesco en la oscuridad.

Conocia yo en aquel momento que en caso de lucha no le seria difícil vencernos á los dos. Para distraer mi sueño me entregué á mi ocupación favorita, de dibujar figuras en las cenizas. Toda clase de imagenes salían de mis dedos, y ante todo, los rasgos de mi amada prometida, Berta Linton.

Berta me sonreía como diciéndome:

— Mientras tú velas en las soledades de los bosques, yo pienso en tí y ruego á Dios por tu salvación.

Un ligero movimiento que hizo el gigante me arrancó de mis ilusiones. Se volvió, se levantó lentamente sobre sus codos y me miró con detenimiento. Yo no me moví, permaneciendo con el cuerpo inclinado y los ojos medio cerrados. Sin duda alguna pensó que dormia, pues al cabo de algunos instantes se levantó sin hacer ruido y se deslizó andando de puntillas fuera de la cabaña.

Yo escuché en tanto que mi corazón latía fuertemente. Al través de las bendiciones de la pared me pareció oír que hablaban en voz baja. Habria dado no sé qué por poder acercarme para oír mejor; pero temia turbar la seguridad de nuestro hombre, que sin duda no meditaba nada bueno acerca de nosotros.

De repente cesaron los cuchicheos.

El gigante entró tan furtivamente como habia salido, y despues de haberme mirado con atención, se volvió á tender de nuevo haciendo como que dormia.

Un instante despues fingí yo que me despertaba, bostecé, miré mi reloj, y como viera que hacia rato habia pasado mi hora, fui á despertar á Dick, y al sacudirle para que se levantara, le dije estas palabras al oído:

— No pierdas de vista á ese hombre, que tiene gente fuera. ¡Atención!

Dick me contestó con una mirada de inteligencia y se llevó la mano á su revolver como para decir:

— Tengo aquí lo que basta para desbaratar todos sus planes.

Y luego se sentó en el tronco de árbol, de modo que observaba á la vez el gigante y la puerta.

A pesar de mi cansancio, ahora me fué imposible dormir. Pareciame que tenia un peso enorme sobre el pecho, y cada cinco minutos me incorporaba en la cama para ver si Dick estaba alerta; mis nervios estaban sumamente excitados y mi corazón latía fuertemente.

Cuanto mas reflexionaba en el aire de nuestro hombre, tanto mas adquiria la certeza de que meditaba un asesinato.

Embargado con esta idea, tomé mi revolver y le guardé en la mano, dispuesto á disparar sobre el tunante al menor movimiento sospechoso que le viera hacer.

Un velo pareció extenderse sobre mis ojos. Cansado de velar y postrado de fatiga como me encontraba, caí en esa especie de somnolencia, estado intermedio entre el sueño y la vigilia.

Un ligero chasquido me sacó de este letargo. Abri los ojos, y el espectáculo que entonces descubri me dejó frío.

El gigante habia encendido una especie de planta seca que esparcía un olor fuerte y que embriagaba; y tenia esta planta justo bajo las narices de Dick, á quien vi, con el mayor estupor, sumergido en un profundo sueño.

El humo de esta planta misteriosa parecia quitarle

enteramente el uso de sus sentidos, pues se cayó del tronco al suelo, y se quedó tendido sin moverse.

El gigante se deslizó entonces hacia la puerta y la abrió calladito. Tres horribles caras se asomaron al interior, y yo vi los largos cañones de sus escopetas y las manos curtidas de aquellos hombres. El coloso designó con su mano larga y huesosa el sitio en que yo me hallaba, y sacó de su pecho una cuchilla... En seguida se adelantó hacia mí... Habia llegado el momento; mi sangre se helaba en mis venas, y mi corazón habia cesado de latir. El gigante se hallaba á dos pasos de mí lecho y alzaba su cuchilla... un segundo mas y la hundia en mi seno...

Con la mano fría como el mármol levanté mi revolver, apunté é hice fuego.

Sucedió á la explosión un gemido sordo; yo me incorporé en la cama y vi una masa sombría caer á mis piés.

— ¡Gran Dios! ¿qué habeis hecho? exclamó el gigante precipitándose hacia mí; ¿le habeis muerto cuando iba á despertarse!

Mis sentidos, entorpecidos hasta entonces por el sueño, recobraron toda su energía, y la terrible verdad se mostró de repente á mi espíritu. ¡Habia muerto á Dick Linton mientras era juguete de una pesadilla!

Despues todo pareció embrollarse á mis ojos, y de nada mas me acuerdo.

Creo que procedieron á una información. Los abogados hablaron mucho y también los facultativos; pero yo asistí á los debates como si se hubiese tratado de otra persona que no fuera yo; ni veía ni oía; una horrible visión flotaba sin cesar delante de mis ojos... y una masa negra estaba siempre delante de mí caída en el suelo.

También se me aparecía una figura melancólica... figura que no volví á ver desde aquella terrible catastrofe... ¡la figura de Berta Linton, mi prometida esposa!...

H. DE S.

Visita de SS. MM. II.

AL PALACIO DE CHAMARANDE.

Antes de su marcha á Compiègne el emperador y la emperatriz han pasado un día en el palacio de Chamarande, residencia del conde y de la condesa de Persigny.

Todas las poblaciones de Chamarande y de los pueblos contiguos habian acudido desde por la mañana de ese día á la estación del ferro-carril de Orleans, que habia sido adornada con una elegante sencillez.

El emperador y la emperatriz llegaron á la una y treinta y cinco minutos de la tarde, y el conde de Persigny rodeado de las autoridades locales, les recibió en la estación y les llevó al carruaje que debia conducirles al palacio. El conde de Persigny, que montó á caballo acompañado de su hijo y de su hija también á caballo, escoltó el coche imperial hasta el peristilo de su hermosa morada, donde la condesa de Persigny recibió al emperador y á la emperatriz con su afabilidad de costumbre.

A las dos se sirvió un lunch y luego se visitó el palacio. Despues el emperador acompañado del conde de Persigny y del conde Walewski, dió un paseo á pié por el parque, en tanto que la emperatriz recorria las alamedas en una carretela descubierta guiada por la condesa de Persigny.

El palacio de Chamarande, situado á 50 kilómetros de Paris, ha sido adornado por el conde de Persigny con un lujo ostentoso.

El emperador y la emperatriz visitaron también con mucho interés la galería donde se hallan reunidos los recuerdos históricos que tienen relacion con el palacio de Chamarande desde el siglo XI.

La comida se sirvió á las siete. El parque estaba iluminado de un modo espléndido, y las luces eléctricas aumentaban el brillo de la iluminación.

A las diez y media el emperador y la emperatriz salieron de Chamarande y tomaron el tren directo del ferro-carril, que les dejó á media noche en Saint-Cloud. Cuando partió el tren imperial, se prendió fuego á un vistoso castillo de pólvora.

El *Constitucional* publica estos detalles históricos sobre el palacio de Chamarande:

« El palacio de Chamarande, situado cerca de Etampes, línea del ferro-carril de Orleans, fué construido por el primer Mansard, de modo que ofrece el estilo Luis XIII. Esta posesión es muy antigua; primeramente llevó el nombre de Bonnes, y fué llamada Chamarande, del nombre de un castillo situado en el Forez, en el mismo pueblo donde nació M. de Persigny. Fué erigida en condado en 1680.

» Durante seis generaciones el palacio de Chamarande ha pertenecido á la familia de Talaru, antigua é ilustre casa del Forez, y su último poseedor ha sido el marqués de Talaru, antiguo embajador en España y amigo de M. de Chateaubriand.

» Conocido es el afecto profundo que profesa el conde de Persigny á su país natal, y no hay duda que la historia de Chamarande mezclada con nombres y recuerdos del Forez ha entrado por mucho en la elección de M. de Persigny cuando compró con las liberalidades del emperador, la posesión donde ha tenido la honra de recibir á Sus Majestades.

» El palacio de Chamarande no se distingue seguramente por los dorados. Esta morada brilla ante todo por una noble sencillez, en la que se mezclan la elegancia francesa y el comfortable inglés. La pieza mas notable del palacio es la galeria donde M. de Persigny ha reunido los recuerdos históricos que tienen relacion con Chamarande desde el siglo XI, contando desde un señor de Monthery, de la casa de Montmorency. » X.

Los pretendientes de la condesa.

(Conclusion.)

A los ojos de cualquier amante menos conmovido ó mas experimentado que Próspero, la sensacion que la condesa no pudo reprimir al pronunciar estas postreras palabras, hubiera dado margen para una escena mas peligrosamente apasionada que la otra; pero Próspero solo supo recibir en silencio los papeles que le alargaba la viudita, verla encaminarse a la puerta, abrirla y desaparecer sin hacer el menor esfuerzo para sacudir las pesadillas de que se creia objeto.

Luego que estuvo cerrada la puerta, cobró alguna serenidad y se levantó con rapidez, cual si quisiera precipitarse en pos de la condesa: mas ¿qué había de decirle en medio del gentío que inundaba las habitaciones? Sentóse otra vez desalentado, y sus ojos se fijaron naturalmente en los papeles que la condesa le entregara. Esta vista cambió el curso de sus ideas. Creyó que su desgracia con la viudita dependía de la fatal felicidad de haber heredado a su tío, y en la despedida de la condesa no vio mas que la expresion de un secreto despecho, de un encono oculto, de una avaricia burlada. Dió a todos los demonios las riquezas y su mala estrella: reflexionó que la conducta de la condesa procedía de un sentimiento despreciable, y pasando del exceso del dolor al acceso de la cólera, se exaltó contra el mundo, contra las mujeres y contra si propio, y juró en nombre de su madre que había de volverse a un rincón de su Auvernia, a su casita de Coverolles, sin mas relaciones que los buhos y murciélagos que desde la mas remota antigüedad gozaban de una hospitalidad sin limites en las rajas de la vetusta morada.

Después de tan magnífica tirada, metióse Próspero en el bolsillo sus treinta mil libras de renta y se encaminó a la puerta, resuelto a buscar a su primo Leon y decirle que ya no aspiraba a la mano de la condesa. Iba a salir cuando se le figuró oír hablar con algun calor detras de una de las tapicerías que decoraban el tocador. Prestó atencion, pero llegaban las palabras demasiado confusas para poder comprenderlas; no obstante, antojósele distinguir la voz de la condesa. Esta circunstancia despertó su curiosidad, y levantando la tapicería halló detras una puertecilla por entre la cual pudo divisar en efecto otra habitación mas iluminada que el tocador, pero privada al público. Estaba la condesa en muy animada conversacion con un elegante jóven, desconocido para Próspero, pero no para el lector.

— Tranquízalos por Dios, señora, decía el caballero de Arcourt reprimiendo con un urbano movimiento la intencion que la condesa manifestaba de levantarse, aqui estoy solamente como embajador, y sea cual fuere la dulce inclinacion que me arrastra, hoy no os hablo por mi.

— ¿Os chanceais, de Arcourt?

— Por mi honor que no tengo semejante idea. Vos juzgareis si es poco formal mi empresa y si deja de ser sensible a la desesperacion de un amigo cuando me expongo yo a ello a riesgo de ahogarme de virtud. Sois amada, señora, y como tantos que se mueren en silencio, hay quien os ama y calla. Pero he jurado venir a implorar vuestra compasion en nombre de un amigo,

por quien estoy altamente interesado. En gracia de este deber, espero que perdoneis mi audacia.

— ¿Qué significa ese laberinto?

— Significa que el exceso de mi virtud me hace tonto algunas veces, y convendré, señora, en todo lo que queráis.

— ¿Pero de qué amigo hablais?

— ¿Eso ignorais? ¡Pues qué! en un siglo que há que

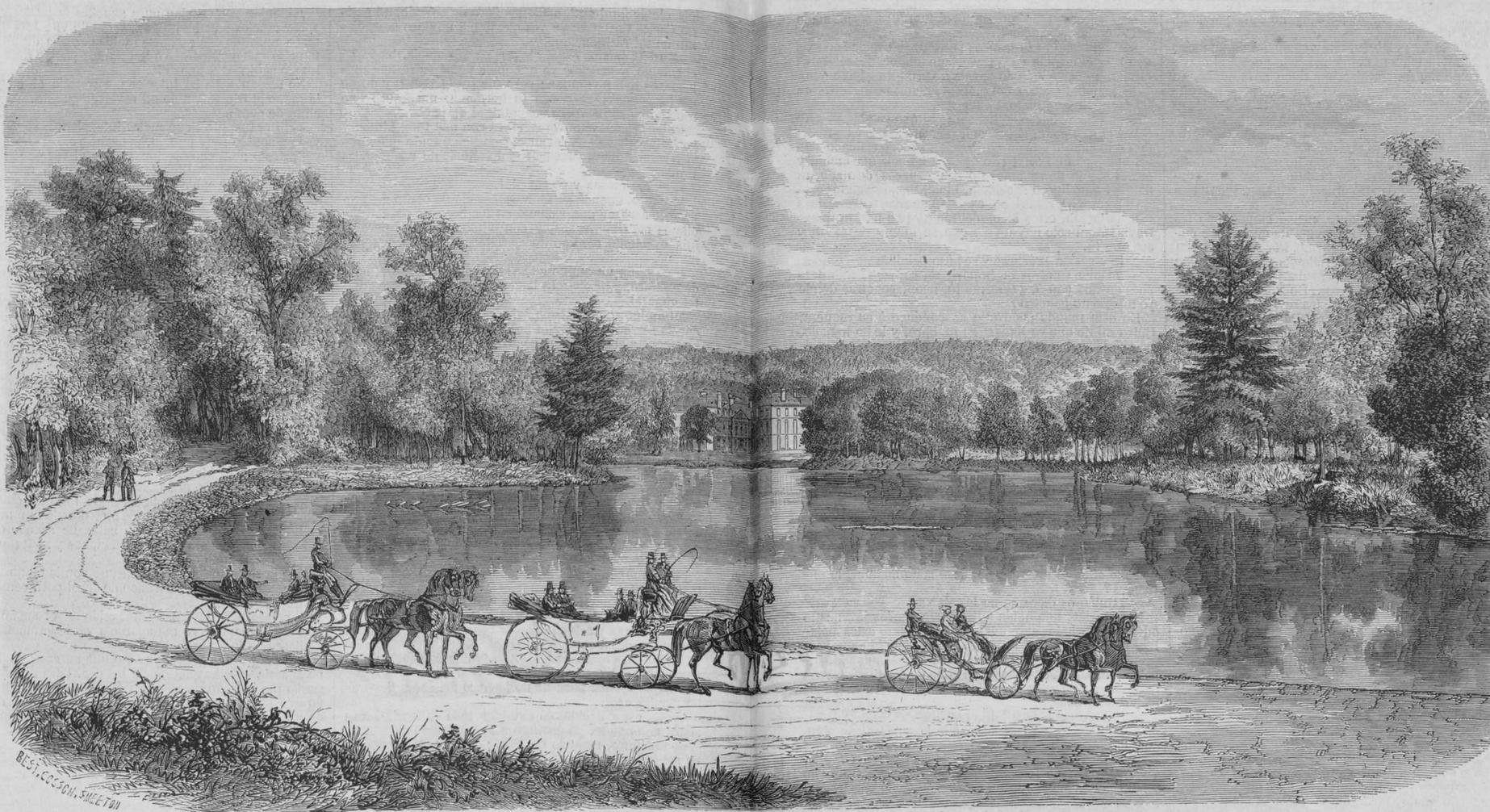
de Harvilly os adora a la faz de todo Paris, ¿tan poca influencia ha conquistado que ni siquiera sospechais su ardor?

Retembló la puertecilla secreta.

— ¿Es posible esa ignorancia? continuó de Arcourt acercandose a la condesa; ¡ah! seré tan dichoso.... digo, no, me engaño, seré tan desgraciado, no, voto al... ¡perdonad, señora, no sé lo que me digo!

— Dos somos los que lo ignoramos, caballero, respondió la condesa que comenzaba a descifrar el enigma: sin embargo, si pretendéis hacer otro esfuerzo, os prometo por mi parte procurar ponerme a la altura de vuestras explicaciones. Ea, valor.

— ¡Valor! esa palabra me hace sospechar que habeis comprendido mejor de lo que parece. Pues bien si, he tenido valor para prometer a de Harvilly defender



Palacio de Chamarande.— Vista tomada del lago.

noblemente su causa cerca de vos. He debido hablar, así lo he hecho, y espero la respuesta.

— ¿De Harvilly me ama y vos me lo declarais?

— Es... reconvenccion?

— Es admiracion.

— ¿Luego sabeis?... Mas no, que he jurado callar; no hablemos sino del marqués. ¿Qué he de decirle, señora?

— ¡Calle! ¿tambien estais encargado de llevar la respuesta?

— Me haceis estremecer... ¿Será esa respuesta... favorable?

— ¿Y si así lo fuese?

— Entonces no me quedaria otro partido que el del heroismo. Ya os escucho.

— Mirad, dijo la condesa divertida por esta escena, quiero... pediros vuestra opinion acerca del marqués.

— Mil gracias, señora, pero temo que pierda algo...

— ¿Pues y esa amistad que encareciais?...?

— Cierito... pero hay casos... Por Dios, señora, no me insteis; acabo de hacer una confesion, y no quisiera propasarme a la segunda.

— ¿De veras? replicó la condesa sin darse por entendida: ¿me ocultais alguna cosa que pueda perjudicar a M. de Harvilly? ¿Hay algo oculto? Pues todos le conceden mil cualidades amables. Le suponen noble, generoso, modesto, dechado de honor, apreciable por todos conceptos. Por mi parte, estoy convencida de que el marqués es un caballero completo, y que haria dichosa a cualquier mujer.

Esta vez hizo la portezuela mas que retemblar, suspiró. Sin embargo, por grande que fuese su interés en la conversacion, ahogose el rumor del suspiro con el del caballero, que tuvo por conveniente añadir una lamentable exclamacion.

— En verdad, repuso la condesa, que no os comprendo. Os comprometéis a defender la causa del marqués, y yo soy quien lo hace.

— Os conducís demasiado bien para que yo lo sienta, dijo el caballero secamente.

— ¿Me he excedido en mis elogios? ¿Teneis alguna cosa que echar en cara al marqués?

— Una falta grave, si, señora, contestó el caballero clavando en la condesa los ojos con amorosa expresion: la de amaros, y si es forzoso interpretar el calor con que acabais de tomar su defensa, mucho temo tener contra él dos quejas en lugar de una.

— Sois loco, caballero, replicó la condesa, no creyendo deber ahondar mas la explicacion; y sea cual fuere el partido que tomeis en este negocio, el vuestro ó el del marqués, me obligareis a que reprima vuestro ardor. Por lo demás, añadió con formalidad, las honduras en que hemos entrado me obligan a comunicaros un secreto horrible...

— ¡Cielos, me helais de espanto!

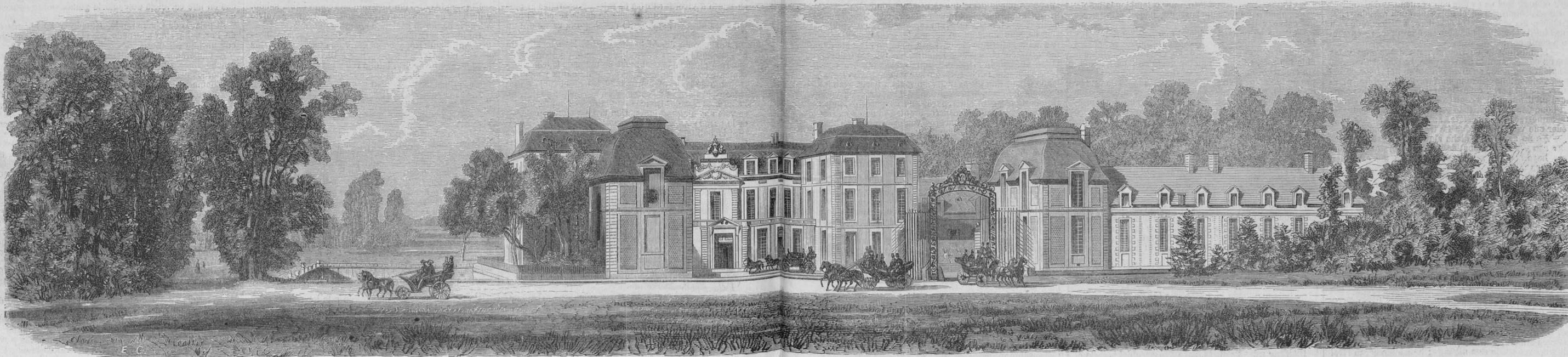
La condesa cuidó de ocultar su sonrisa, y continuó con voz mas sombría cada vez:

— ¿Habeis oido hablar de la desastrosa quiebra de M. de Mahon, ese banquero que se ha fugado dejando mas de quince millones de déficit? Ya comienza a correr la noticia por mis salones.

— ¿Y qué? objetó de Arcourt sintiendo correr por su frente un sudor helado.

— Ya sabeis que todo mi caudal consiste en metálico. Resolví pues traslormar mis capitales, y encargué esta comision a M. Mahon.

— ¡Acabad, señora, será posible! exclamó el caballero sumamente pálido.



Visita de SS. MM. el emperador y la emperatriz al palacio de Chamarande.

— Pues sí, estoy arruinada. En lo sucesivo, apenas me queda con qué vivir decentemente. Juzgad ahora si puedo aspirar a contraer lazos nuevos. Decidlo vos, caballero, ¿quién ha de querer a una viuda pobre?

La puertecilla, que se había entreabierto sin que lo sospechasen los interlocutores, cerróse de repente, y la condesa hubiera podido oír abrir y cerrarse velozmente la puerta del tocador, si el caballero no hubiese cubierto este ruido con el ardor de su réplica.

— Señora, exclamó tomando una resolución oportuna, ¿podeis imaginar siquiera que de Harvilly, cuyo órgano soy aquí, haya podido dejarse guiar por viles consideraciones? Por mi honor protesto que hacéis mal en creer que haya podido consentir en favorecer tan mezquinos intereses; pero desengañaos, condesa, respondo de Harvilly como de mí propio: respondo de su corazón, de su lealtad, de su amor. A vos es a quien ama, y solo ama vuestros méritos y vuestra gracia. Estoy seguro de que esta noticia le va a colmar de alegría, pues le proporcionará ocasión de ofrecer su fortuna a vuestros pies. Un corazón como el suyo tiene celos de toda dicha que no proceda de él solo, porque es un corazón noble, lo juro. ¡Cuanta será su felicidad al pensar que él solo os hace dichosa! Siento, señora, siento que tan mal nos hayáis juzgado. Corro a buscar a de Harvilly, le cuento vuestra entrevista, le digo que es amado... y en todo esto una sola gracia espero, y es que me permitáis en adelante ocultaros mis lágrimas y mi desesperación.

Concluida esta peroración, se acercó el caballero la mano a la frente con ademán desesperado, y salió precipitadamente de la habitación. Apenas hubo cerrado la puerta, cayó la condesa sobre un diván, donde dió suelta a la más estrepitosa carcajada.

III.

Entre tanto comenzaba la fiesta a perder algo de su animación. Había circulado en efecto la noticia fatal de la fuga del banquero Mahon, y como la clientela de este financiero comprendía las mejores casas del arrabal de San German, juzgue cualquiera si fué un rayo para la noble sociedad que se reunía en casa de la condesa. Aclaráronse los grupos, y en pocos minutos la larga fila de coches fué disminuyendo como por encanto. Las mesas de juego estaban desiertas y veíanse circular figuras trastornadas donde un momento antes se codeaban risueñas muchachas en traje de baile. Uno solo de los cuatro grandes salones abiertos a la concurrencia bastó apenas para contener los pocos convidados que quedaban, y las demás piezas se quedaron vacías y desoladas.

En una de estas se hallaba un hombre pálido y trastornado, apoyándose en una de las mesas de marmol que decoraban el salón. Era el marqués de Harvilly. Sus facciones desencajadas, movimientos febriles que conmovían su cuerpo, sus manos, que se llevaba rápido a la frente como si quisiera ahogar un pensamiento importuno, indicaban harto bien que pasaba en su alma alguna cosa extraña y funesta.

La dolorosa abstracción del marqués era tan grave, que ni siquiera oyó abrirse la puerta del salón, y el caballero de Arcourt, que entró precipitadamente, pudo acercarse y sacudirle en el hombro sin que él levantase la cabeza.

— ¿Qué es eso, marqués? ¿Qué haces pegado a la pared como un santo viejo, cuando acaba de sonar para tí la hora de la victoria? Despertad, señor mío, despertad: el amor mal se aviene con el sueño.

Clavó el marqués en el importuno una mirada vaga, estúpida. Sin embargo, el caballero, satisfecho de esta muestra de atención, por incierta que fuese, se apresuró a continuar:

— Sí, afortunado de Harvilly, me debes mas votos que un contrabandista a su patrono. La condesa es tuya. He visto iluminarse su divina frente con el rubor de belleza vencida: hoy luce la aurora de tu ventura, marqués. Por mi parte, esta consumado el sacrificio; ahogaré mi llama con las cenizas de mi corazón. La virtud, mi honor, la amistad, todo esto me anima, me aturde, me emborracha. Consuélate, amigo mío, soy mas vencedor que vencido, porque he triunfado de un amor.

— Yo no ambiciono dicha alguna, contestó el marqués con voz lenta y abatida; como quiera que la condesa haya acogido mis sentimientos, no me está bien seguir en ellos.

— ¡Qué escucho!

— Estoy arruinado.

— ¡Arruinado... y va de dos! Por ventura, ¿tienes parte en la quiebra de Mahon?

— El miserable me ha llevado ochocientos mil francos.

— Para el tonto que confía a un banquero semejante suma. ¡Pobre amigo! ¿Pero quién sabe si será prematura la noticia?... ¿Quieres que vaya a informarme?

— Es inútil.

— No por cierto. Las malas nuevas corren y se esparcen pronto. Valor; yo creo que hay algo de exageración en la noticia, y voy a reventar mis caballos por enterarme.

Echó a correr el caballero, pero apenas llegaba a la mitad del salón volvió atrás.

— Leon, le dijo conmovido y apretándole la mano, respeto demasiado tu desgracia para no recurrir a cuanto pueda minorarla. No hay mas que hablar de las apuestas y convenios de esta mañana: he podido ser tu rival antes de que te fuese enemiga la fortuna: pero en adelante solo seré tu amigo. Amas a la condesa, buen pro-

vecho. Aun puedes ser dichoso, y no seré yo quien contribuya a tu ruina.

Acabadas estas palabras, que acompañó de un enérgico apretón de manos, se dirigió a la puerta el caballero, y como iba muy aprisa, sin duda para ocultar al marqués su conmoción, tropezó con Próspero que entraba con no menor rapidez. También traía Próspero manifiestas las señales de profunda sensación, y el afán con que se aproximó al marqués así que le columbró, hizo suponer al caballero que mediaba entre el marqués y este personaje, a quien no conocía, alguna comunidad de infortunio. Aceleró por lo tanto el paso para contener la sensibilidad de su corazón, y bajó a toda prisa al patio a llamar a su lacayo.

— El picaro del comerciante, pensó empuñando las riendas de su tilbury, tiene la culpa de que yo me encuentre sin tener con quien casarme. Por su gracia van a escasear las viudas ricas horriblemente. Y véase qué diablo de casualidad, cuando pensaba yo pedir mañana a de Harvilly un ciento de luises... De Harvilly es excelente muchacho; pero temo que los reveses le agrieten el carácter: y amigo y todo como es, Dios sabe si lo olvidará algun día, para recordar que es mi acreedor. No, procuremos tomar lá delantera.

Entre tanto se había acercado Próspero al marqués tendiéndole los brazos. Rodaban gruesas lágrimas por sus mejillas, y sin cuidarse de si su primo se prestaba ó no a las muestras de sus simpatías, le abrazó repetidas veces, y asíóle en seguida de la mano, mirándole con humedecidos ojos.

— Lo sé todo, Leon, dijo por fin, y hace un rato que estoy corriendo toda la casa para dar contigo. ¿Mahon era tu banquero, verdad?

— ¿Quién te ha dicho?...

— Tú propio. ¿No te acuerdas que hablamos del particular al venir aquí, y que manifestabas recelos que desgraciadamente se han realizado? ¿Porqué no me lo dijiste todo?

— No alcanzo...

— Fuera rodeos, primo, no es este paraje ni hora de perder el tiempo condoliéndose. No has tenido confianza conmigo, Leon; haces mal, pero te perdono.

— ¿Y qué deducís de ahí, M. de Verval?

— ¿Qué deduzco, Leon? que no me quieres, que no me has querido nunca, y que ha sido en vano recordarte nuestros primeros años, nuestros juegos, nuestros placeres infantiles. ¡Ah! ¿es posible que tal cosa me suceda? ¡Cuando tantas veces hemos dormido en la misma cama, cuando nuestras madres eran hermanas!

— Serénate, Próspero, dijo de Harvilly que no pudo menos de contagiarse con la emoción de su primo, serénate por Dios, porque ni pienso en la condesa, ni me casaré con ella nunca.

— ¿Así piensas serenarme? ¡Grande esfuerzo por vida mía! Cuando te acuso de que no me quieres, contestarme: ¡no me casaré con la condesa! que vale tanto como decir que veré desgraciados para siempre dos seres que tanto aprecio, y que yo seré la causa. ¿Y a eso llamas serenarme? Anda, ingrato.

— En verdad, amigo mío, murmuró Leon sin comprender el sentido casi sublime de las palabras que acababa de oír, confundes todas mis ideas. Vamos a cuentas: ¿no me dijiste que amabas a la condesa?

— Y tanto como la amo.

— Ahora bien: si yo renuncio a ella, ¿qué mas pretendes?

— ¿Te figuras que yo consentiré que renuncies? ¡Cuando acabo de oír hace un instante por mis propios oídos que la condesa te ama!

— Dígame, grandísimo loco, que yo tambien la amo... y que quiero que sea dichosa esa mujer. ¡Me parece que esto es portarse!

— Como no se estila, dijo el marqués sonriéndose y fijando en Próspero miradas que reflejaban su sorpresa y conmoción. Perdóname, primo, que te haya comprendido tan mal. ¡Se hace uno tan necio en París! Repito, sin embargo, aunque hayas de desterrarme para siempre de tu noble corazón, donde me envanezco de ocupar un puesto, que no me casaré con la condesa, no porque pretendo ser mas generoso que tú, sino porque el nuevo estado de mi fortuna haría que cualquier paso dado para obtener la mano de esa rica viuda fuese una bajeza que no entra en mis ideas.

— ¡No es mas que eso! En tal caso, Leon, pronto nos entendemos. Eres amado y la condesa es rica, perfectamente. No quieres deberla tu bienestar, y haces muy bien. Pero suponte que esteis entrambos arruinados, ¿qué podrás objetarme?

— ¿Qué dices? ¡Dios mío!...

— No me interrumpas. ¡Sé la objeción que pondrás! Que cero y cero suman cero, y cuando un marqués se casa con una condesa, es bastante tonto andarse con el señor cero. Pero si yo te probase que en lugar de dos novios pobres solo hay uno en este caso, y este no eres tú, y que en lugar de comer el pan de tu mujer, ella será la que coma el tuyo...

— Próspero, no me atrevo a comprenderte...

— Pues yo bien claro me voy explicando.

— La condesa...

— Esta arruinada lo mismo que tú. De modo que he echado mis calculos, y he encontrado un medio de volveros a hacer a los dos ricos. Supuesto que la condesa te ama, debes ser a sus ojos el mas precioso tesoro, de donde he deducido que seras de la condesa. Para tí, pobre primo, traigo el regalo de boda. Ahí tienes.

Diciendo estas palabras, sacó Próspero del bolsillo el legajo de papeles que le entregara la condesa, y que puso en manos de Harvilly.

— ¿Qué es esto? preguntó el marqués sorprendido del singular aspecto del regalo.

— Son treinta mil francos de renta. Me quedo no mas que con el castillo de Verval, con objeto de recibirlos en alguna parte cuando vayáis a verme tu esposa y tú.

— ¡Jamás! exclamó el marqués: jamás consentiré en tal cosa. Insistir fuera ofenderme.

— ¿Y la condesa? ¿No sabes lo que es amar? ¿No sabes lo que podra sobrevenir? Morira: se me ha metido en la cabeza que le costara la vida... ¡Cuidado con los amantes de París! ¡Se atreven a decir que aman, y por el objeto de su amor no son capaces de nada, ni aun del mas ligero sacrificio, el del necio orgullo!

— Próspero, estas loco, exclamó de nuevo el marqués con agitación, estas loco, delirando. ¡La pasión te extravía! Aquí solo hay un ser que se muere de amor, y ese eres tú.

Estremeciése Próspero y se puso pálido.

— ¿Quién se atreve a inquirir mi corazón? dijo después de una pausa. ¿Querrás tú, Leon, penetrar donde yo mismo no penetro?

En este mundo cada uno se conduce a su manera. Quiso mi tío que yo tomase su nombre, y le he tomado, ha exigido además que le diese sobrinillos, obedeceré. Tomaré la primera mujer que se me presente, y adelante. Pero lo que mi tío no tenía derecho para mandarme era que yo me ataviase con su herencia a manera de traje ridículo que no está hecho para mí; esa herencia me pesa, me estorba, me asedia. El castaño que echa raíces sobre la tierra ávara de nuestras rocas, perecería en el pingüe terreno de la vega; como él nací yo en tierra ávara y he crecido en la pobreza. ¿Tengo yo, por ventura, vuestras necesidades y vuestros deseos? ¿Tengo vuestras pasiones y placeres? ¿Qué había de hacer con mi oro? ¿Me dara la elegancia de que carezco, el talento que me falta? ¡Locura, locura! Quiero volverme a mi retiro, a mis montañas, en medio de las buenas gentes que me vieron pobre como ellos. ¿A qué he de volver con ricos trajes y engalanados lacayos? Dudo que me quieran mas, y yo quiero ser amado; ¿lo entiendes?

— ¿Quién os dice que no lo sois ya?

La condesa, que había entrado sin que los jóvenes lo advirtiesen, había pronunciado de repente estas palabras presentándose a Próspero y asiéndole la mano.

— ¡La condesa! exclamó de Harvilly saludando.

Próspero, asida la mano de Mme de Montmery, mudaba de color a cada instante y tendía en torno suyo los ojos asombrados.

— ¿Nos escuchábais? dijo por fin.

— Lo he oído todo, señores, dijo la condesa con alguna confusión; si, lo sé todo, y mucho me temo que M. Próspero esté un poco equivocado.

— Tambien yo temo, dijo el marqués saludando de nuevo, tener muy pronto que participar de vuestros temores.

— Veo pues, continuó la condesa con encantadora sonrisa y mirando a Próspero, que me explico mas claro que ese pobre castaño de Auvernia. Ahora bien, señor marqués, decidme con franqueza, a vuestro parecer, ¿cual de vosotros dos me ama de veras?

— Señora, ¿quereis que yo pronuncie mi propia sentencia?

— ¿Qué es esto, Leon? ¿quieres callar? exclamó de repente Próspero metiéndose entre su primo y la condesa. ¡El que aquí os ama, señora, es Leon!

— ¿Quién lo ha dicho?

— ¡Toma!... es la verdad, dijo Próspero a media voz, él no ha confesado nada y ahora recibe el castigo. A tí sí que no puedo decir que te he acechado.

— Señora, dijo el marqués entonces conociendo cuán quiméricas eran sus esperanzas, tened alguna compasión del apurado lance en que me ha metido la oficiosidad del caballero de Arcourt. No temo no obstante que desconozcáis el verdadero motivo de mi sentimiento. Como yo, habeis juzgado, ya que oisteis nuestra conversación, qué noble corazón late en ese pecho (señalando a su primo) y si he hecho mal en herirle tan indignamente como lo he hecho. Ahora contestaré a vuestra cuestión y diré sin reparo, que de nosotros, quien os ama mas aquí es Próspero, a quien el amor ha inspirado, con objeto de haceros venturosa, un sacrificio que yo no habria hecho jamás.

— Calla, primo, saltó Próspero, hablas de sacrificios y no sospechas el verdadero móvil de todo. Yo no te sacrificaba nada, y la señora condesa puede decirte ya que... sabe... como yo, que yo no debía esperar nada, antes por el contrario...

Debilitóse notablemente la voz de Próspero para pronunciar estas palabras.

— ¡Qué niño eres! exclamó el marqués empujando a su primo hacia la condesa: ¿no lees en sus bellos ojos que puedes esperar todo?

— ¡Ah, señora! ¿qué es lo que se atreve a decir? murmuró Próspero asiendo la mano que por segunda vez le alargó la condesa, y cayendo a sus pies.

— Lo que yo no me atrevía a confesar antes de haber conseguido del señor marqués una gracia esencial para la felicidad de los tres.

— ¡Hablad, señora, tengo yo tantas que pedir os para la conducta indigna!...

— Que os quedéis con el regalo de boda que os hizo Próspero, porque tambien pienso casaros.

— ¿Señora, qué exigis? es imposible...

— Peor que peor, porque solo a este precio conseguirá Próspero mi mano.

— Qué diantres, primo, dijo Próspero sin levantarse y volviéndose a de Harvilly; ¿tan difícil es guardar esos

papeles en el bolsillo?... ¿volvemos á las ingrati- tudes cuando te daría mas que la vida?

— Pero, señora, objetó el marqués, reducido al último extremo, olvidáis que es el caudal de Próspero y que vos misma, si no he comprendido mal a mi primo...

— ¿No te he dicho, Leon, que me quedaba con el castillo de Verval? contestó Próspero algo asustado.

— Tranquilizaos entrambos, dijo la condesa, el ban- quero Mahon no ha envuelto mi fortuna en su quiebra, y si recurri á esta mentirilla, fué por zafarme del caba- llero de Arcourt. Estaba muy segura de conseguir mi objeto por este medio.

— Ea, exclamó alegremente Próspero levantándose, ¡está escrito que yo he de ser millonario!

— Y que perderéis la amistad de esas pobres gentes que deciais. ¿No es esto?

— Lo que es, señora, que tengo un miedo horrible de estar soñando.

— Pues no le despertemos, *primita*... dijo el marqués besando la mano de Mme de Montgomery.

— ¿Aceptais, de Harvilly?

— Sí, condesa, porque me parece adivinar el senti- miento de exquisita delicadeza que os impulsa a no ca- sar sino con Próspero, pobre en la persona del heredero del difunto conde de Verval.

— ¿Qué... qué? preguntó Próspero.

— Ya os lo explicaremos otro día, dijo la condesa son- riéndose, y espero que me perdonareis entonces la es- cena de esta noche en mi gabinete.

Es de presumir, en efecto, que le parecieron plausi- bles á Próspero las explicaciones de la condesa, porque al mes, Mme de Montgomery partió con él a la hacienda de Verval, donde se desposaron. El matrimonio se cele- bró espirado el luto de la condesa.

El mismo año casó Leon de Harvilly con una poderosa heredera que tuvo el talento de robar al caballero. Se añade ademas, que no juzgó oportuno utilizar la amis- tad de este para evitar el fastidio de una declaracion, y que de ello se dió el parabien mas cumplido.

El mejor amigo.

El 15 de octubre del año 1842 un viejuelo, cubierto de sudor y polvo, entró precipitadamente en la fonda de las *Cuatro Naciones* calle de Luis el Grande, en Pa- ris, núm. 12.

— ¿El señor de Corvelles? preguntó al fondista.

A esta pregunta clavó el camarero en el viejo una mirada atónita.

— ¿El señor de Corvelles? respondió.

Y dirigiéndose á una señora que se ocupaba en hacer algunos asientos en el registro, preguntó:

— ¿No es el joven que acaba de llegar de Burdeos?

— Creo que sí, dijo ella.

— Pues entonces subid por la escalera A, número 8.

Dió el viejo media vuelta, buscó con los ojos la esca- lera A y la trepó de una tirada hasta el número 8. Ha- llando abierta la puerta se coló; pero el aposento estaba vacío, ó por mejor decir, solo había algunas maletas y un criado que se agitaba de aca para alla para poner algo en orden el bagaje de su amo.

— ¿El señor de Corvelles? tornó á preguntar el viejo.

— Acaba de salir.

— ¡Cómo salir, si llega en este instante!... Y en prueba, la silla está todavía en el patio.

— No lo dudo; pero apenas se ha apeado, se puso mi señor una levita y mandó buscar un alquilon.

— ¡Voto á cien!... exclamó el desconocido consternado de este contratiempo.

Y permaneció abrumado un rato, sin acordarse si- quiera de enjugar el abundante sudor que corría por su frente. Por fin, despues de unos minutos de meditacion:

— ¿Tardará mucho en volver M. de Corvelles?

— No sé: no ha dicho nada.

— Esta bien; volveré.

— ¿Y no podré decirle el nombre de quien le ha hon- rado?...

— Es inútil: basta que digais á M. de Corvelles que ha venido a verle su mejor amigo.

Apenas se hubo marchado el viejo volvió M. de Cor- velles. Era hombre de treinta años: dueño de su ha- cienda desde la edad de veinte, la había devorado en un soplo por satisfacer los ruinosos placeres que la capital ofrece a los jóvenes privados de la tutela y consejos de su familia. Despues de comerse lo suyo, Victor hizo lo que tantos, se puso á comer lo de otros y contrajo deudas enormes. Verdad es que estas deudas estaban jus- tificadas por la esperanza que tenía de heredar a un tío retirado del mundo, en alguna ratonera de Borgoña; pero al cabo el tío no moría y podía disponer de sus ri- quezas para otro que no fuera su confiado sobrino.

Tanto acosaron estas reflexiones á M. de Corvelles, que con objeto de distraerse formó el designio de via- jar. Una mañana se puso en camino sin dar parte á na- die y recorrió sucesivamente los principales Estados de Europa. Dos años despues entraba otra vez en Francia por los Pirineos.

Bareges era por entonces el centro de reunion de un gran número de extranjeros: los había de todos los puntos del globo, y en especial de Paris, ese inmenso lago providencial que se sale de madre cada primavera y corre á remojar con el contacto del buen gusto y de los buenos modales los espíritus naturalmente aridos y reacios de provincia. Victor Corvelles resolvió pasar

alli la temporada de baños; pero de todas las habita- ciones abandonadas por los habitantes a los huéspedes que la gota, la moda y el esplin les enviaron aquel año, solo quedaba una miserable choza situada a un extremo del pueblo; sin embargo, nuestro viajero se acomodó en ella como pudo.

Un día, en una de sus correrías por los Pirineos, en- contró en el camino dos paseantes atraídos sin duda por una curiosidad semejante a la suya. Era el uno un hombre de alrededor de cincuenta inviernos: su mirada severa y penetrante revelaba una rigidez de principios a toda prueba; sus labios finos y fruncidos anunciaban ese caracter fino y reservado, peculiar de las personas versadas en negocios de dinero ó especulaciones co- merciales; por último, sus rollizas y coloradas mejillas, el abultado vientre, eran prueba de una opulencia in- disputable, y lo lucía con ostentacion, como si estuviera envanecido de la causa de su desarrollo: a no dudarlo, era hombre rico, hombre de comercio. Le acompañaba una muchacha, y por lo esbelto de su talle, por la ex- quisita finura de sus facciones, debía ser una niña reci- cien salida de la adolescencia; pero aunque no hubiesen existido estos sintomas manifiestos, hubiera sido facil adivinar su edad por la expresion tímida y púdica de su mirada.

En el sitio en que halló Victor á entrambos paseantes, estaba el camino muy estrecho: era una senda abierta en la roca para el paso de los pastores y circunscrito a derecha é izquierda por precipicios ó rocas escurridizas que hubiera sido una imprudencia tantear. Por este motivo detuviéronse todos, indecisos de lo que harian en tan embarazosa situacion.

— Caballero, dijo con gravedad el mas anciano, me parece que sera forzoso que nos volvamos cada uno por donde hemos venido.

— ¿Porqué? preguntó Victor.

— A no ser que quieran pasar por encima de mí.

— Yo solo volveré atras, contestó el joven con urba- nidad; de este modo no interrumpiré vuestro paseo y tendré la satisfaccion de dar el mio en tan amable com- pañia.

Esta proposicion ruborizó á la doncella, y su padre, porque debía ser su padre, se inclinó ligeramente en señal de agradecimiento.

Entre tanto la hermosa niña había producido vivísima impresion en M. de Corvelles, y sin conocer todavia sus sentimientos distintamente, anhelaba entablar conver- sacion con sus nuevos compañeros de viaje. Muchas veces les dirigiera Victor la palabra con este intento: empero, ora absorbiere toda su atencion el peligro ó que adivinase la intencion sospechosa del joven, ora, en fin, que juzgase oportuno sostener su dignidad en pre- sencia de un desconocido, la verdad es que el comer- ciante solamente hizo uso de secos monosílabos en sus contestaciones. En rigor, todo conspiraba contra los deseos de nuestro joven viajero. Colocado á la cabeza de la comitiva, rompía Victor la marcha y no se atre- vía á volverse tan a menudo como hubiera querido á admirar la belleza de la señorita. Muchas veces lo in- tentó; pero siempre tropezó primero con la adusta faz del viejo que le miraba fijamente y le encubría la parte mas bella de su horizonte. Y era necesario darse prisa: la estrecha senda no podía ser eterna, y en saliendo del paso difícil, conocía Victor que ya no le quedaba pre- texto para permanecer junto a sus compañeros.

Así sucedió en efecto. Apenas hubo visto el austero negociante ensancharse el terreno, volviéndose al joven, dijo:

— Caballero, os agradecemos infinito vuestra com- placencia.

— Señor mio, le respondió Victor, yo soy quien debe de dar las gracias.

Y saludándose reciprocamente, se alejaron cada uno por su lado.

Apenas se quedó solo M. de Corvelles, resplandeció súbitamente en su alma el sentimiento que le agitara hasta entonces en confuso y lanzó vivísima claridad. Victor no podía dudarlo, estaba enamorado, y por des- gracia no abrigaba esperanza alguna de tornar a ver a la encantadora joven. Bajaba la montaña, taciturno y consternado, cuando un rayo de esperanza le hizo volver la cabeza todavia... De repente se paró.

— ¡Dios mio! dijo.

Y llevándose la mano á los ojos como para aislar su vista de los variados objetos que se ostentaban, permaneció un instante inmóvil, abismado en profunda aten- cion.

— ¡No me engaño! añadió: allá arriba hay un hom- bre en peligro... una mujer está á su lado... agita el pañuelo y pide socorro.

Y cediendo desde luego al generoso impulso de su corazon, se lanzó como una flecha y corrió hacia el sitio de donde procedían las dolorosas señales. ¡Júzguese del asombro de Victor al encontrar que el personaje apurado era nada menos que su compañero de paseo!

— ¡Por Dios! ¡por Dios! exclamó la hija precipitan- dose hacia el joven; ¡salvad a mi padre!

En efecto, el comerciante, aguijado por intempestiva curiosidad, se había aventurado a trepar a una roca puntiaguda, donde seguramente seria magnifico el ho- rizonte que se descubriera, si los precipicios que la ro- deaban no hubieran condenado al atrevido a gozar de él eternamente.

— ¿Qué diablos habeis hecho? preguntó Victor ad- mirado de aquel rasgo de audacia.

— ¡Toma! al subir no se me ocurrían las dificultades de bajar.

— Bien; dejáds escurrir, que voy á sosteneros.

— Gracias, amigo mio: á mis años, no se escurre uno, rueda.

— Es verdad... Pues aguardad.

Y cruzando de un brinco el espacio que le separaba del imprudente curioso, se tendió Victor en el suelo, se aferró lo mejor que pudo a las quiebras de la roca y alargó una mano al comerciante.

— Ahora, dijo, dejáos caer. No temais, que no soltaré.

La bajada se efectuó con felicidad, y mientras el po- bre padre abrazaba a su hija en celebridad de su mila- grosa salvacion, Victor, en cuclillas, se abandonó á la pendiente de la montaña, y bajó como una avalancha á incorporarse con ellos.

— Caballero, dijo el comerciante, de buena me habeis salvado. ¿Podré saber á quién soy deudor de tan se- ñalado obsequio?

— A M. Victor de Corvelles, contestó modestamente el joven.

No sonó mal á los oídos del anciano la aristocrática particula de nuestro viajero.

— Espero, le dijo, que nos volveremos á ver. ¿No re- sidís en Bareges?

— Casi, casi, respondió Victor.

(Se continuará.)

Nuevas líneas de ferro-carriles franceses.

I.

PARIS A SOISSONS.

Acabo de recorrer la nueva línea de Paris á Soissons, en cuyo territorio abundan los recuerdos históricos de la antigua Francia. El viajero que visita el Valois y el Sois- sonnais, se detendrá primeramente en la estacion de Dammartin; pero esta aldea tan célebre en otro tiempo no tiene hoy de notable mas que su situacion sobre una eminencia de donde se descubre un bonito punto de vis- ta. Pasemos pues por el colegio de Juilly, que fundaron en 1639 los frailes del Oratorio, para llegar á la aldea de Nantouillet, que posee aun los restos muy notables de un castillo edificado en tiempo de Francisco I por el canciller cardenal Duprat. Dejando á nuestra derecha Nanteuil-le-Haudouin, llegamos á Crespy, cuna de una de las casas reales de Francia, antigua capital del du- cado de Valois, y que dió su nombre al tratado concluido en 1544 entre Francisco I y Carlos V. Mencionaremos en Crespy tres ruinas curiosas, a saber: los restos de una iglesia del siglo XII, colocada bajo la advocacion de Santo Tomas de Cantorbery; una hermosa puerta del renacimiento (1537) que se eleva sobre la antigua plaza del Pilon, en el núm. 15; y finalmente, una chi- mena gótica hermosísima que se ve en la casa llamada de los Guardias, calle del Mercado, núm. 19.

La casa de los Guardias es el último resto de un cas- tillo que poseyó en otro tiempo el hermano de Carlos VI, Luis de Orleans, aquel aficionado a todo lo bello, que hizo reconstruir a pocas leguas de distancia el castillo de Pierrefonds y el de la Ferté-Milon.

Salgamos de Crespy y lleguemos á la estacion de Vau- moise, para ir a saludar las ruinas del castillo de Vez: esta antigua residencia de verano de los duques de Va- lois pertenece hoy al presidente del tribunal civil de Chateau-Thierry, M. Paillet, padre del célebre aboga- do. De la estacion de Villers-Cotterets se distingue la casa donde nació Alejandro Dumas, el fecundo nove- lista (calle de Lormet, núm. 60). El pueblo no ofrece nada de notable, si no es un antiguo castillo del tiempo de Francisco I, que esta convertido en depósito de men- didad del departamento del Sena; pero no se puede parar allí sin tener deseos de ir a ver la patria de Ra- cine. La Ferté-Milon, que solo dista 8 kilómetros de Vil- lers-Cotterets, posee una estatua de su ilustre hijo debida al cincel de David de Angers, así como las ruinas muy imponentes, aunque poco conocidas, de un castillo feudal reconstruido en el siglo XV por Luis de Orleans.

Despues de haber atravesado la selva por su parte mas bonita, esto es, siguiendo los estanques de la Ra- mcé, bajamos en Longpont para admirar las ruinas de la puerta y de la iglesia de la antigua abadía. « una de las mas hermosas construcciones del reino de Francia, » dice un cronista. Añadiremos que estas ruinas están re- ligiosamente conservadas por los cuidados del conde de Montesquiou, el afortunado y afable propietario de esos lugares.

Pero el vapor nos aleja: henos ya á 103 kilómetros de Paris; dominamos el lindo valle del Aisne, y los cam- panarios de San Juan de las Viñas, como dos dedos in- dicadores, marcan el fin de nuestro viaje. En efecto, ahí esta Soissons, la ciudad fuerte mas próxima á la capi- tal, y que aun se acuerda de 1814: Soissons, la patria del sabio jurisconsulto Luis de Hericourt y de los con- vencionales Quinette y Collot de Herbois; el último re- fugio de los romanos, que fueron arrojados de allí por Clodoveo en 486. Esta ciudad vino a ser, despues de la muerte de Clodoveo, la capital de uno de los cuatro rei- nos francos. Clotario I fundó en ella, en 557, la famosa abadía de San Medard, y aun se ven los restos de la tumba de este santo, y la cárcel donde fué encerrado por sus hijos, en 829, Luis el Debonario. El viajero debe visitar tambien las iglesias de San Pedro y de Saint- Leger, así como la catedral que encierra dos sepulcros notables y un magnífico Rubens sobre el altar mayor.

Cuando se ha visto todo esto, se puede en una hora ir a Reims, y en dos a Laon; por último, el aficionado a ruinas gigantescas no tiene mas que dirigirse a Coucy-le-Chateau, que se halla a 16 kilómetros, y le aseguro que quedará contento.

L. M.

II.

DE PRIVAS A LIVRON.

Hace algunos años, cuando el Piemonte emprendió su gigantesca obra de la abertura del monte Cenís, se hicieron muchos estu-

dios en Francia sobre las diferentes direcciones que podía seguir la vía férrea destinada a empalmar con la gran línea de Italia por Briançon y el monte Genevre.

Sucesivamente se estudiaron los valles del Drance, del Drac y del Drome; y como la línea que habría atravesado este último valle era la mas céntrica, obtuvo en un principio cierto favor. Hasta hubo una compañía extranjera que ofreció ejecutarla sin reclamar ninguna garantía del gobierno.

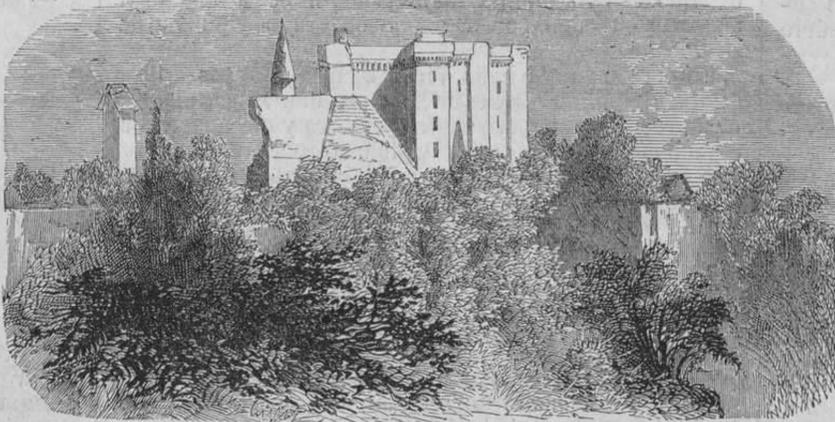
No obstante, el proyecto no se aprobó, si bien quedó



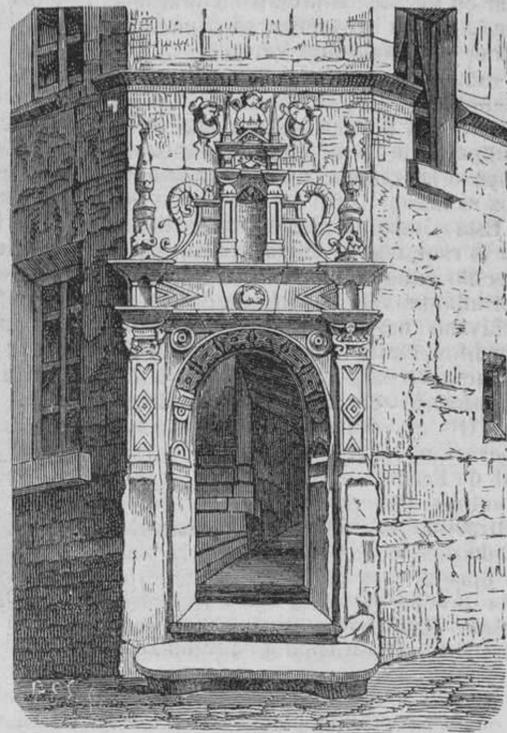
Línea de Paris á Soissons. — El castillo de Nantouillet.



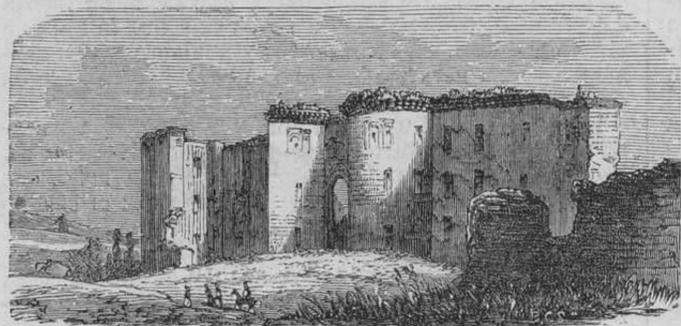
Santo Tomás en Crespy.



Castillo de Vez.



Puerta del renacimiento en Crespy.



Ruinas de la Ferté-Milon.



Casa donde nació A. Dumas en Villers-Cotterets.



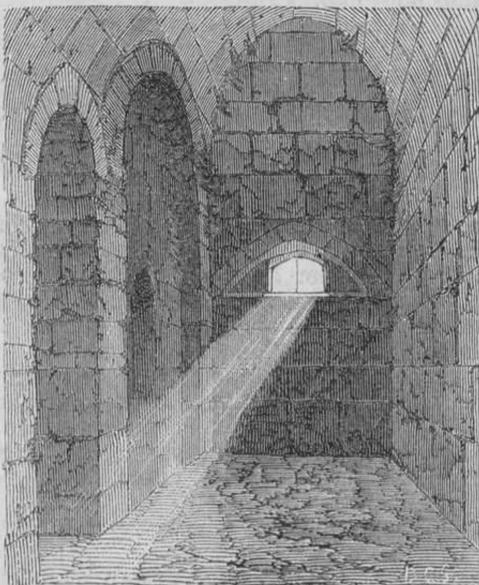
Antigua puerta en Longpont.



Ruinas de la abadía de Longpont.



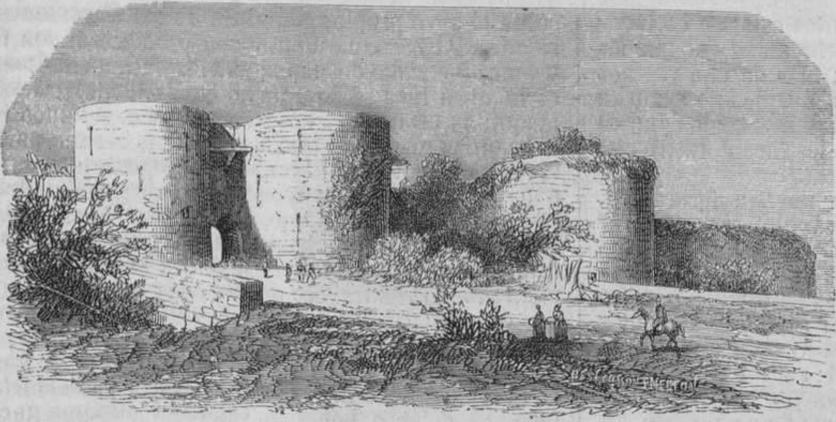
Nuestra Señora en Soissons.



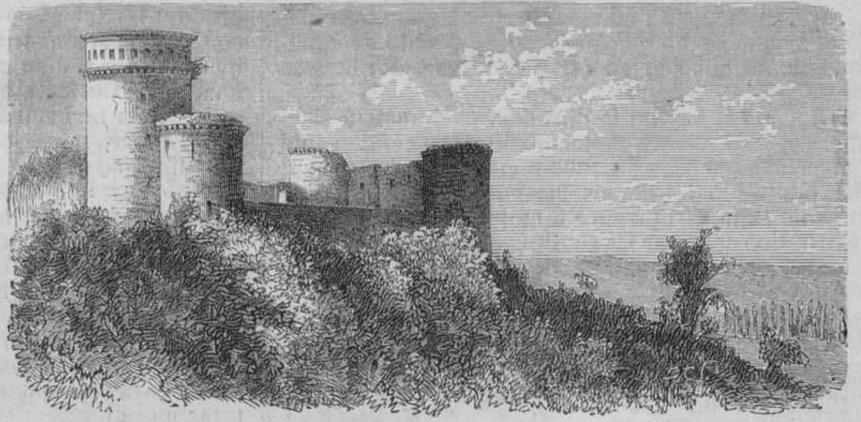
Cárcel de Luis el Debonario en Soissons.



San Juan de las Viñas en Soissons.



Puerta de Laon.

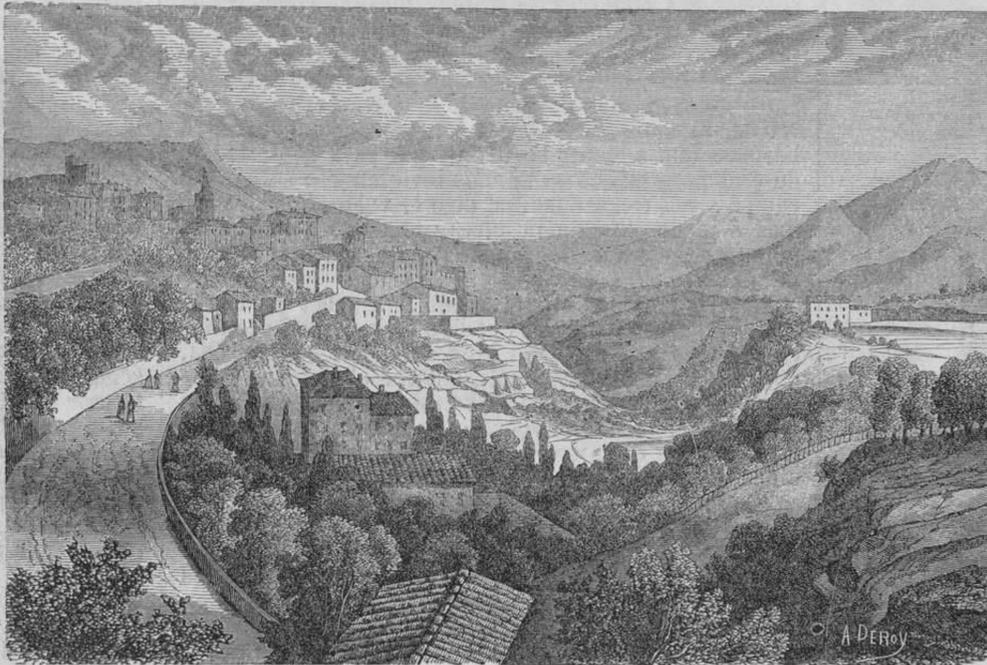


Ruinas de Coucy-le-Chateau.

de él un ramal sobre Crest y otro sobre Privas, que viniendo a empalmar en Livron, representan una pequeña línea transversal destinada a poner en comunicacion dos grandes e industriosos valles, que al propio tiempo comunican tambien con el ferro-carril de Paris a Marsella. A la compañía de esta última línea se le impuso la condicion de construir esos dos ramales.

Esta compañía principió por ejecutar el ramal de Privas a Livron, pueblecillo situado en una colina a la entrada del valle del Drome.

Livron ha conservado entre los eruditos cierta celebridad a consecuencia del sitio que sostuvo victoriosamente en 1575 contra Enrique III, que asistió en persona a las operaciones dirigidas por un mariscal de Francia a la cabeza de 12,000 hombres. Este pequeño ejército debió retirarse al fin, despues de haber enviado dentro de los muros de la plaza mas de tres mil balas, y abierto una brecha de mas de seiscientos pasos. Esto basta para manifestar cual fué el heroismo de la defensa.



Línea de Privas á Livron. — Vista de Privas.

Hubo asaltos como el del 8 de enero, en que combatieron desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde. El comandante Roesse murió en la brecha.

La estacion de Livron no habia tenido hasta ahora grande importancia, pero el empalme del nuevo camino la eleva al rango de las estaciones de primera clase.

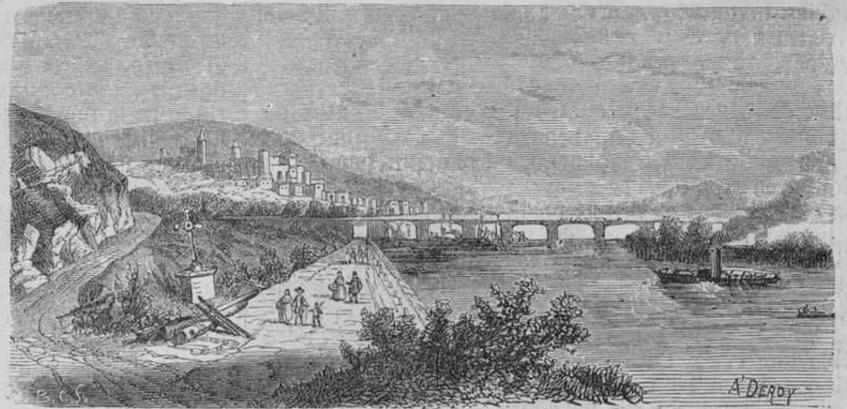
El nuevo camino no tiene mas que una via; parte de Privas al Oeste del pueblo y se aleja formando una gran curva, que haciéndole salir del valle del Ouveze, le dirige al del Payre, desde cuyo punto, subiendo el Ródano, se repliega sobre los lugarcillos del Pouzin y de la Voulte.

Esta última aldea posee importantes fundiciones que debian tomar gran interés en la construccion de la via, como en efecto le han tomado; pero dicen que la estacion está demasiado distante de los altos hornos, y sobre un terreno que permite poco movimiento.

Al salir de la Voulte, el camino de hierro atraviesa el Ródano por un puente de hierro, cuyos machones se



Salida del valle de Privas.



Puente viaducto cerca de la Voulte.



La nueva estacion de Abbeville.

construyeron mediante un aparato de aire comprimido, análogo al que se ha empleado en el puente de Khel, del que hemos hablado en otras ocasiones a nuestros lectores.

Del Ródano á Livron la distancia es de seis á siete kilómetros, y se recorre rápidamente. Este camino solo está abierto desde hace algunos meses, pero hasta aquí no ha producido resultados bastante fructuosos para que la compañía se apresure á emprender el ramal sobre Crest, que debe ser su continuación; sin embargo, este último deberá ser entregado á la circulación dentro del término de tres años.

—Concluimos con una vista de la nueva estación de Abbeville, que damos como un modelo del género de arquitectura adoptado generalmente en los ferro-carri-les; la elegancia y la solidez constituyen la base de este sistema.

A. M.

España en Londres.

CARTA DECIMASEXTA.

Un publicista francés, criticando la gran revista que el gobierno provisional de la república pasó en el Campo de Marte de París en 1848, revista que, según el cálculo de los mariscales, ascendió á mas de 400,000 hombres, decía que hubiera comprendido semejante multitud de armados si, en vez de fusiles, bayonetas y sables como ostentaban todos, hubiesen hecho gala de pasear por delante de los reformadores modernos una colección de instrumentos industriales y agrícolas. Este espectáculo le parecia mas propio de la revolución del siglo XIX.

Y en efecto, para los que consideren paradójica la frase del publicista francés, por dudar, entre otras cosas, de que existirían arsenales donde proveer de armas pacíficas á tal muchedumbre de trabajadores, no habría sino asomarles al parque de Battersea, en Londres, durante los últimos días de junio, para que se maravillasen de la prodigiosa cantidad de máquinas y utensilios con que la inagotable inventiva del hombre ha dotado en estos últimos años á la agricultura. Allí había instrumentos, no para armar á 400,000 hombres, sino á dos terceras partes de los humanos; pues aun cuando el extenso recinto dedicado á esta especial exhibición no contenía mas que los modelos de los artículos que se habían inventado, con decir que estos eran 5,064 de diferentes géneros y aplicaciones, se habrá dicho las cantidades en reserva que tendrían inventores y fabricantes para ofrecer al inmediato uso del labrador.

¡Cinco mil sesenta y cuatro especies diferentes de máquinas y utensilios de labranza! ¡Pasmoso guarismo que apenas figura, sin embargo, en la aritmética de los agricultores españoles!

En este arsenal de armas pacíficas es donde nosotros nos hemos acordado mas de nuestra patria. — ¿Será posible, decíamos, que aquel hermoso país, tan rico en zonas fructíferas, tan abundante en terrenos privilegiados, tan fastuoso á veces en producciones de la naturaleza, no necesite ninguna de estas máquinas? ¿Será posible que estén tan equivocados estos ó aquellos labradores, los unos para no saber moverse sin estos utensilios, los otros para no poder moverse cuando los toman en la mano? ¿Será posible que las labores practicadas con estos instrumentos no sean mejores, mas abundantes y mas baratas que las que se practican con los primitivos y toscos de nuestro país, como cree la generalidad de nuestra gente del campo?

Y nuestra imaginación se perdía en conjeturas, meditando á veces en si toda aquella inmensa pradera cubierta de ingeniosísimas y sorprendentes máquinas, sería uno de estos bazares de juguetes de niños, abiertos al público para codicia de padres y encanto de pequeños, que la fantasía agrandaba por existir en medio de tan gran ciudad. Pero recordábamos despues que al pasar por los campos de Picardía en Francia, de Folkestone en Inglaterra, de Waterloo en Bélgica, y generalmente por todos los campos de todas partes, desde la vertiente del Pirineo, los labradores de aquellas comarcas, á mas de diferentes á los nuestros por su traje, eran diferentes también por la forma de sus acciones sobre la tierra, por el utensilio que tenían en la mano, por la dirección que daban á sus movimientos. De vez en cuando un peloton de mujeres cercaban una cosa como á modo de carro, que se movía sin bueyes ni mulas, tras del cual los haces de mies brincaban del suelo para ir á caer dentro del vehículo. Otras veces una ráfaga de humo espeso se dibujaba por el campo, corriendo en direcciones oblicuas tras de un trabajador que parecia montado en la chimenea de una estufa.

Al borde del camino, dos chicos jugaban como á pasarse el uno al otro sobre unas tablas, debajo de las cuales desaparecían las matas secas de los rastrojos, como si una mano oculta se las llevase con mágica presteza. Aquí, una especie de manga regaba la semilla; allá, una especie de sable degollaba el fruto: por todas partes, decíamos, las acciones y los movimientos eran extraños; pero ¡cosa rara! los campos parecían jardines; la vegetación potente y vigorosa contrastaba con lo endeble y pálido del terreno; ni una colina, ni un bache, ni una ladera dejaban de pagar su tributo de producción al dueño de la heredad; los animales campesinos, circunseridos al lugar en que no eran dañosos, pacían con absoluta independencia de árboles y sem-

brados; las tablas de frutos diferentes estaban cortadas con la vistosa simetría y estudiada igualdad con que los malos pintores dibujan los países; mas de una vez nos hicieron la ilusión aquellos campos, de que una señorita salía por la mañana con sus tijeras á igualar las puntas de las matas, mientras otra detrás les sacaba lustre con un puñuelo de nipis.

Y no hay que burlarse de esta nuestra figuración, pues es preciso ver los campos de Inglaterra, observar su cultivo, seguir las inflexiones de su laboriosa compostura para poder formarse idea de lo que la civilización, el trabajo y los medios mecánicos producen sobre la tosea y accidentada corteza del globo. — « Si estos hombres, volvimos á decirnos, en vez de un terreno ingrato y de naturaleza casi estéril; en vez de un clima cruel, cuyas intemperies son igualmente hostiles á criaturas y sembrados; en vez de esa capa de zinc que les cubre el cielo, obligándoles á fabricar el sol con esponjas subterráneas y braseros de carbon de piedra, tuviesen tabullas como las de Murcia, fanegas como las de Castilla, hazas como las de Andalucía, robadas como las de Navarra, y un sol, un aire y una luz como los de España toda, ¿qué harían? ¿Qué producirían? ¿Qué tesoros no extraerían del seno de la tierra? »

Adelantémonos á protestar contra un dicho de origen bárbaro que anda de boca en boca para contestación de esas preguntas. — « Si ellos tuvieran ese sol, y ese campo y esa riqueza madre, dice el vulgo, harían poco mas ó menos lo que nosotros: tenderse á la bartola mientras nace la fruta, y comérsela despues para dormir en seguida. »

Pero ¡qué error tan grave encierra esa vulgar proposición! Nosotros hemos podido oirla desde hace mucho tiempo sin protestar enérgicamente contra ella, porque estábamos incomunicados con el resto del mundo; y el mundo que no paraba mientes en nosotros, lo cual, lejos de envanecernos por lo que ello tiene de independencia, debe mas bien lastimarnos por lo que significa de desden, dejaba que existiéramos como los países amurallados, que en cambio de una tranquilidad ignorante, gozan al parecer de una falaz abundancia. Pero en cuanto el comercio de la civilización y las comunicaciones de la cultura social rompen las murallas de los pueblos, como se han roto nuestras murallas; en cuanto el visible progreso de nuestro país nos llama á la comunión de las naciones prósperas y opulentas, lo cual, si tiene mucho de placentero, tiene mas todavía de útil y beneficioso, entonces vienen de fuera á llevarse esa hermosa fruta que les falta para consumirla en cambio de otros productos, ó mejorarla y volvérsela á traer en cambio de nuestro propio dinero; cualquiera de cuyas extracciones minoraría la existencia y encarece el precio, dando por resultado que quien un día pudo dormir en la confianza de que al despertar se encontraría la fruta pendiente del árbol sobre su boca, despierta hoy con la sorpresa de que entre su boca y la fruta está el cesto del comerciante, que se la lleva toda entera á donde la pagan.

No, no hay riqueza donde hay abundancia, ni es una nación rica la nación fértil, como esta abundancia y fertilidad no están acompañadas del trabajo del hombre. El trabajo es la única riqueza positiva, tanto mas, cuanto en mejores condiciones se emplee sin duda alguna, pero el trabajo siempre; pues la abundancia y la fertilidad sin él no es la teoría de la civilización, es la teoría de los africanos que comen harina y beben leche; es la teoría de los asiáticos que comen arroz y mascan opio; es la teoría de los pampas de América, que enlazan una res y luego no tienen sal para condimentarla. La Europa con ser menos fértil que las otras partes del mundo, es la mas rica porque trabaja mas. España, con ser la nación mas fértil de Europa, es la mas pobre porque trabaja menos.

Un día pudo decirse: « no trabajamos mas de lo que necesitamos, » pero era porque estábamos solos: ahora estamos acompañados del concierto europeo y queremos disfrutar sus ventajas y consumir sus productos, y vivir con su desahogo, todo lo cual nos cuesta nuestro dinero, ó nuestro fruto, que es la misma cosa. Hace veinte años que una fanega de trigo en Castilla valía 20 rs.: ahora vale 40 cuando esta barato, y 50 y 60 y mas en años de mediana cosecha: en cambio entonces el agricultor ganaba dos reales y medio y dormía en el establo, y ahora gana 40 reales y duerme en colchon de lana. Dentro de poco el trigo encarecerá mas en Castilla, y el agricultor comerá carne todos los días, y usará camisa blanca de algodón y pantalones de paño fino, y mandará sus hijos á la escuela, para todo lo que necesitara 16 ó 20 rs. de jornal; la abundancia del trabajo sostendrá estos precios; los brazos escasearán por consiguiente como ya escasean; se harán nuevas rotaciones y se necesitarán mas brazos; se llevarán de Castilla mayor cantidad de trigo; vendrán de fuera mayores cantidades de dinero; crecerá, en fin, considerablemente la abundancia y la fertilidad, pero habrá un desequilibrio entre el precio de la mano de obra y el precio máximo del valor de las mercancías: ¿qué hacer entonces? ¿Devastaremos las tierras? ¿Cegaremos los canales que se están abriendo? ¿Pondremos una muralla en las fronteras para que los extranjeros no nos traigan la felicidad?

Entonces lloraremos por no tener máquinas, entonces maldeciremos de esa frase que se pronuncia hoy con la sonrisa de la satisfacción: — « ¿Para qué trabajar si la naturaleza produce mucho? »

Las máquinas han venido en auxilio del hombre para proporcionarle ese aumento de trabajo que él necesita

sobre el suyo propio, con el fin de satisfacer sus necesidades. Al paso que una ayuda prodigiosa, son un nivelador justísimo de las exigencias extremadas: cuando el hombre ha pedido mucho por trabajar, viene una máquina que modera sus pretensiones; y nunca hay ni habrá mas máquinas que las que se necesiten para esta nivelación, porque el hombre no descubre nada hasta que lo necesita. Las máquinas, por consiguiente, no ofenden á nadie mas que á la injusticia ni producen daño alguno al trabajador; antes bien le facilitan el trabajo y rinden mayores utilidades al dueño para que pague mejor ese trabajo mismo. Oponerse á las máquinas es una barbarie: no usarlas es un suicidio.

¿Porqué pues nuestros agricultores no las usan?

Apenas habrá país de Europa que presente fenómenos cosmológicos mas variados que la península española. El célebre botánico valenciano Rojas Clemente encontró en una distancia de pocas leguas, desde Sierra Nevada hasta Motril, en la provincia de Granada, casi todas las plantas mas notables de las regiones tropicales y de las alpinas. En ese mismo punto, y dando salida al riquísimo manantial mineralógico de Lanjarón, hay una montaña de muy mediana altura en cuya cúspide crecen el castaño y el roble y á cuya falda se cultivan el naranjo y el limonero. Un famoso profesor de la escuela de montes de Sajonia, M. Willkomm, que ha estudiado últimamente el sistema forestal de nuestra patria, admira en su informe la infinita variedad de climas, temperamentos y accidentes que ha notado en su viaje por España.

La Junta general de estadística, ese gran progreso administrativo de nuestro país á quien tanto principia á debérsele, ha publicado en el Anuario de 1858 tres reseñas, geológica, geográfica y agrícola, suscritas por los señores Lujan, Coello y Pascual, cuya lectura basta para formar cabal idea de lo excepcionales, variadas y hasta absurdas, si nos es permitido valernos de esta palabra, que son las condiciones cosmológicas de la península, sobre todo para su aplicación respecto á la agricultura. Mientras las provincias del Mediodía y del litoral cultivan las plantas subtropicales, como la batata, la palma y aun el azúcar, las provincias del Norte tienen pobladas sus montañas de coníferas, de boj y de pastos. En cada una de estas regiones, además, las cordilleras subdividen los climas y por consiguiente los productos cosechables, alterando asimismo las prácticas y la época de las labores. Todo el país en general presenta tales diversidades agrícolas, que un código sobre la materia sería solo comparable á la empresa de confundir y amalgamar en uno solo todos los códigos y costumbres civiles de la nación. No en balde estos últimos son en tanto número, y no en balde también son tantos los dialectos de la palabra española.

Exponemos estos antecedentes para venir á parar en la única razón que dan nuestros agricultores cuando se les increpa por que no usan las máquinas. — « Las máquinas no nos sirven, » — contestan sencillamente á la pregunta. Y en verdad que tienen razón, porque como no los hemos educado, como no saben nada mas que la práctica rutinaria de su trabajo antiguo, como no leen, como no viajan, como lo ignoran todo, — el mas listo, el mas codicioso ó el mas revolucionario ha mandado por una máquina al extranjero, y si es de trillar no le trilla, si es de sembrar no le siembra, si es de escardar no le escarda. — « La máquina no me sirve, repite; yo gasto el dinero y no lo produce; mis capataces no la entienden, mis peones la estropean, mis colonos abandonan las tierras si les obligo á usarlas. » — Pero ¿porqué sucede esto? Ellos necesitaron una máquina para monte, y la recibieron para llanura; ellos necesitaron máquina para tierra fuerte, y la recibieron para floja; necesitaron máquina para Andalucía, y la recibieron para Galicia: no se teje lo mismo el esparto que la seda, es verdad; ¿pero acaso será mala máquina la de hacer esteras porque no hace pañuelos de cachemira?

Por otra parte le dais al hombre rudo que maneja el arado de Cincinato y la podadera de Noé una máquina que por sencilla y clara que ella sea es una máquina al fin, y queis que sin preparación ni estudio, sin aprendizaje tranquilo y remunerado se marche con ella (bajándole el jornal quizá desde el primer día á pretexto de que trabajara menos), se marche con ella al campo y os produzca una nueva maravilla de pan y peces. ¿Es así como se introducen las reformas? ¿Es esta la manera de variar las condiciones sociales y laboriosas del pueblo?

Es falso que las máquinas no os sirven: lo que es verdad es que vosotros no queis aprender á servirlos de ellas. En 5,064 clases de máquinas que hay en la exposición de Londres está la que vosotros necesitáis; la que os haría el trabajo de diez hombres con el jornal de uno; la que produciría un doble cultivo de vuestra tierra con la décima parte del esfuerzo y en la décima parte de las horas; la que no os desperdiciaría simiente ni labor, aumentando por este solo hecho los productos; la que os dejaría libres las bestias para el acarreo; la que os duplicaría el número de palmos laborables sin duplicaros el valor de los hombres, que no encontraréis en adelante disponibles para el trabajo; la que os proporcionaría la satisfacción de pagar bien al bracero, á quien pagais hoy mal; la que conjuraría, por último, y esto es lo mas grave para vosotros, esa crisis de salario que os amenaza con el incremento de la industria, de las obras públicas y de la fabricación.

En Londres están esas máquinas. Nosotros no sabemos deciros cuales son las que debeis adoptar, porque nosotros no somos en esta ocasión mas que una trompeta que ha conseguido hacerse oír, y que aprovecha

los momentos favorables para tocar al oído de los sordos: tal es nuestra empresa. Pero el gobierno ha tenido en Londres una excelente comisión agrícola, presidida por el noble e instruido agricultor marqués de Perales, la cual os dirá bien pronto cuanto os concierne y cuanto debe interesaros. Ella ha comparado, con conocimiento de los climas y de los terrenos de la península, diferentes clases de arados, máquinas para trillar y para segar, ventiladores, cribas, etc., todo lo que se pondrá inmediatamente a disposición de cuantos, con presencia de estos modelos y de los mecanismos de su uso, deseen adelantar en el más importante de los trabajos del hombre, en el de labrar la tierra.

Nosotros no somos más que un observador malicioso que, al ver en el parque de Battersea más de 5,000 modelos de utensilios de campo, 50 de los cuales, provistos de máquinas de vapor, hacían mover a un tiempo trilladoras, corta-pajas, corta-raíces, ventiladoras y otros cien artefactos que desempeñaban su cometido pronto y maravillosamente, y compararlos en la imaginación con la pesada tabla que sostiene a un hombre en nivel milagroso, arrastrado por tres poderosas bestias que quebrantan con pesadez la espiga; al compararlos con la turba de jayanes, que doblados sobre el barbecho, arrancan en fuerza de sudor, horas y jornales la yerba que una maquinilla barre con pasmosa celeridad; al compararlos con la pesada y ruda tarea del arador castellano, bíblico personaje ante el cual la paciencia, la meditación y el aislamiento tendrían envidia, pero nunca la actividad y el progreso; al comparar unos que tanto se mueven con otros que tan poco andan, nos hemos dicho en el instante: — «Estos ó aquellos están locos.» Pero al observar después que de aquel lado había detestables tierras metidas en buen cultivo, campos cenagosos produciendo admirables frutos, comarcas desheredadas hace cuatro días de la historia, abundantes y casi opulentas hoy, mientras que de este lado existen hermosos terrenos que dan miserable renta, inmensos eriales que en otro tiempo tuvieron vegetación, cordilleras húmedas y verdes colonizadas por los lobos, praderas que no se siembran, arroyos que no mojan nada y una población campesina, pobre, sucia y casi mendiga, nos hemos dicho también: — «Suponiendo que de este lado esté la locura, ¡ay de los que no sigan las locuras industriales del siglo XIX!»

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las novedades del invierno. — Transformación de las mangas. — Tres vestidos sin rivales: el vestido Amadis, el vestido Mosquetero y el vestido Romanoff. — Curso de historia natural á propósito de las telas de seda. — La moda se hace cada día más caprichosa. — La chaquetilla Riflewoman. — El paletó Guia de la Emperatriz. — La Dragona. — La esclavina Mejicana y la esclavina Alhambra. — La Dalila y la Florentina. — Sombreritos para la estación de Niza y de Monaco. — El sombrero de los Arqueros. — El sombrero reina de Nápoles. — El sombrero Voluntario. — El sombrero Sardo. — Los colores escoceses. — Las modas en la ropa blanca. — La manga Fontanges, la manga Marquesa y la manga Lauzun. — Descripción del figurin de este número.

Hay tanto y tanto que decir sobre las novedades del invierno, que no sé por dónde comenzar este artículo. La moda ha cambiado completamente las mangas de los vestidos, que han venido á ser tan angostas como anchas eran antes.

No digo que es bonito, digo que es la moda. Hé aquí tres vestidos nuevos que ardo en deseos de dar á conocer á mis lectoras.

El primero se llama *Amadis*, y es un aterciopelado azul de Lyon con picas de terciopelo negro orladas de guipure, y que adornan el bajo de la falda.

El cuerpo lleva un cinturón *Amadis* que cae en derredor del tallo en faldetas orladas de granadas de pasamanería y de guipure.

Las mangas llevan picas de terciopelo á guisa de vueltas. El segundo es un vestido *Mosquetero* de popelina gris con solapas bordadas de pasamanería que rematan en agujetas de acero. Todo el cuerpo lleva cascabelitos de acero.

El cinturón con hebilla de acero. Mangas del mismo estilo. El tercero llamado *Romanoff* es de tafetan antiguo pensamiento de las Indias con adornos húngaros de trencilla y ruche de cinta negra.

El cuerpo y las mangas llevan igual adorno. No hay para qué añadir que estos tres vestidos se hacen del color que se quiere, y es la tela que más gusta.

Voy á enumerar ahora las telas más en favor y los vestidos más caprichosos.

Primeramente tenemos un tafetan llama del *Vesubio*, con los más bonitos matices del rubí, y un tafetan violeta de Parma llamado siberiano, ilustrado hacia el bajo de la falda con lazadas de hebillas negro y lila que producen un efecto mágico.

El vestido que se hace con esta tela es de una elegancia extraordinaria.

Luego tenemos un moaré antiguo pájaro mosca, que ostenta una colección de treinta y dos colibrís de los colores más tornasolados.

Esta tela es tan maravillosa, que la reina de Inglaterra ha mandado cubrir con ella todo un gabinete.

Se cuentan también entre las novedades de la estación: El vestido Orquideas con flores naturales del más precioso colorido, un moaré antiguo;

El vestido Alfiler, de moaré antiguo, que reproduce una infinidad de alfileres entremezclados, de color negro sobre moaré antiguo blanco, fondo Habana, acero y pensamiento;

El vestido Golondrinas, con una bandada de estos pajarillos perdidos en el espacio y revoloteando sobre fondo blanco Habana, azul ó de otro color;

El vestido Mosca de tafetan antiguo rayado de filetes de raso con moscas de terciopelo, vestido que se repite en todos los colores.

Al leer la descripción de todos estos vestidos de seda os imagináis sin duda que yo me burlo, y que hago casi un curso de historia natural; nada de eso, todo lo que digo es cierto. La moda se hace cada día más extraña, más fantástica é imposible.

Por ejemplo, la moda quiere que las parisienses se vistan como los dandys, y todas las coquetas usan chaquetillas, chalecos, corbatas, mangas de hombre y botas.

Esta se pone la chaquetilla Riflewoman y se parece á un oficial inglés, porque la chaquetilla es de cachemira punzó orlada de astrakan negro.

Aquella prefiere un pequeño paletó llamado Guia (de la Emperatriz), y se da con él un airecillo conquistador. Este paletó es de paño de terciopelo con adorno de pasamanería.

En cuanto á las chaquetillas y los chalecos, hacen furor. Todas las convidadas á Compiègne los llevaban. La condesa Walewska se puso cuatro, uno blanco y negro, otro violeta y negro, otro gris y grosella, y otro punzó y negro. Los cuatro eran de forma Luis XIV.

Las nuevas chaquetillas se llaman *Bolero* y *Amadis*, lo que no impide que se siga usando la chaquetilla *Señorita*.

Además del *Guia* que es de paño, hay la *Dragona*. Otras confecciones menos singulares y más aristocráticas en cuanto al corte y al estilo merecen también ser descritas.

Se trata de la esclavina Mejicana y la esclavina Alhambra, así como también de dos salidas de baile sin igual, la *Dalila* y la *Florentina*.

La esclavina Mejicana es de terciopelo negro bordado de hojas deserbales, con sus frutos de color natural.

La esclavina Alhambra es de terciopelo liso sembrado de hojas y de frutas que describen ondulaciones oriadas con un rizado de tafetan liso velado de encaje negro. Al borde lleva un alto guipure de medallones de Chantilly que flota sobre el vestido.

La *Dalila* es de cachemira blanca con fichu capuchón bordado de oro y orlado de cisne.

Nada más suave y poético que el cisne.

El capuchón se termina con dos borlas de seda blanca y oca.

A pesar de su riqueza y suprema elegancia, esta confección no es costosa.

La *Florentina* es de cachemira blanco, y lleva por adorno una faja veneciana de tafetan blanco, cuadritos negros con perlas de oro, y orlada de una pequeña guipure negra.

Pasemos á los tocados y á los sombreros que están en moda. Hé aquí una gran novedad: el sombrero de piel de Suecia.

¿Se adoptará, ó no se adoptará? — Según las señoras que los llevan.

Uno de estos sombreros es de forma Luis XI, de piel de Suecia malva natural, con escarapela de pluma negra que sostiene una larga pluma de avestruz adecuada á la piel del sombrero.

El otro es un sombrero de mañana, de piel de Suecia gris hierro. Por un lado del ala y en la orilla del borde por el interior, hay una trenza de terciopelo negro que continúa sobre lo alto del ala y remata en tres hebillas sostenidas por un broche de azabache.

Por el otro lado lleva un adorno de blonda y pequeño ramillete de cuatro capullos de rosa, con cintas de terciopelo negro.

La moda concede también sus favores á los sombreritos de terciopelo negro y de fieltro.

Para viajar no hay nada más bonito, pero en París el qué dirán impide que se usen.

Hé aquí algunos enviados á Niza y á Monaco: Sombrero *Sardo* de terciopelo negro con escarapela primavera de terciopelo negro sostenida por un broche de agujetas de azabache con larga pluma blanca inclinada de lado.

Sombrero de los *Arqueros* (de una forma enteramente nueva) de fieltro blanco ribeteado de terciopelo negro que forma punta por delante y por detrás y recogido por un lado, con plumero compuesto de tres plumas negras y de una pluma punzó colocadas en medio del ala.

Sombrero *Reina de Nápoles* de terciopelo negro con escarapela de tafetan punzó y tres plumas de casoar que caen sobre la escarapela.

Y sombrero *Voluntario* de fieltro gris forrado de terciopelo Habana, con cinta de terciopelo cruzada y penacho.

Después de estos sombreros más ó menos osados, voy á describir otros para salir en coche, y que han sido enviados á Su Alteza Real Doña Isabel Fernanda de Borbon, infanta de España.

Un sombrero de terciopelo negro con bavolet de encaje negro y un sesgo de terciopelo rosado que se cruza en fichu sobre lo alto del ala y cae en cintas por cada lado.

Bajo el sesgo de terciopelo hay una rama de tulpanes negros de encaje de Chantilly y hojas de terciopelo recortado.

En el interior ondas de tul negro con broche de terciopelo rosa, y colibrí picoteando en la boca de terciopelo.

Otro sombrero blanco real con ala mitad trasparente orlada con un sesgo velado de blonda, formando vuelta.

En el centro de la vuelta, sobre lo alto del ala, un pájaro mosca.

En el interior un grueso pouff de tul Malinas con clavellinas Solferino.

Otro sombrero de terciopelo verde ruso con ala clara plegada de blonda.

A cada lado del ala hay un velo de tul ilusión, sostenido por una mariposa.

En el interior, lazo de tul Malinas con maripositas diminutas y estrellas luminosas hechas de pluma.

Otro sombrero de blanco real con bavolet de terciopelo escocés, y fanchon de terciopelo escocés con franja de plumas de pavo real.

El escocés hace furor en este momento. El verdadero escocés debe corresponder á los colores de los diferentes regimientos de la guardia en Inglaterra.

El Stuart-plaid, — encarnado, verde, blanco y amarillo.

El Rob-Roy, — negro y encarnado.

El Campbell, — azul y verde.

El Cordon, — azul, verde y amarillo.

El regimiento núm. 42, — azul y verde.

El Meg Merrilies, — encarnado, negro, blanco y gris.

El Príncipe Alberto, — azul, verde, blanco y amarillo.

El Victoria, — blanco, verde y amarillo.

El Macdonald, — encarnado, verde, negro y blanco.

El Mac-Leed, — blanco, amarillo y negro.

El Mac-Lane, — blanco, encarnado y verde.

Tal es la explicación de los colores.

Antes de tratar del figurin, voy á decir dos palabras de la ropa blanca parisiense que se ha transformado.

Las mangas, de anchas que eran antes, han venido á ser muy estrechas; se cortan como las de las camisas de hombre, y rematan en un puño derecho de lienzo que cae sobre la mano.

En cuanto á las mangas de vestir, se cuentan las siguientes: La manga Fontanges. — Esta manga, de estilo Luis XIV, es de tul de Bruselas, bordada de claveles y que describe el codo, con un puño rizado de encaje de Inglaterra. Un volante de Inglaterra cae sobre el puño y sube en punta sobre la manga, formando como un pequeño delantal Luis XV adornado con tres lacitos de cinta azul.

El cuello adecuado á las mangas.

Manga Marquesa, de entredos de bordado y Valenciennes, formando un alto puño como en las camisas de los hombres, con bullon de muselina que parte bajo el brazo hasta el codo.

El cuello es derecho.

Un aderezo Lauzun con dos puntas cruzadas de muselina y de entredos de bordado. Las puntas de muselina llevan bulloñes de cinta malva. Al rededor del cuello un rizado por dentro del cual hay una cinta malva con Valenciennes. Mangas adecuadas.

Nuestro figurin representa un traje de visita y otro de interior.

El primero se compone de un vestido de tafetan azul con puntitos, decorado en el bajo de la falda con un volante montado á pliegues huecos, y que describe hacia arriba ondulaciones con listitas de terciopelo negro cruzadas.

Cuerpo de punta por delante y por detrás con el mismo adorno.

Mangas de codo guarnecidas al lado por un pequeño rizado que recuerda el volante de la falda.

Paletó dragona de paño aterciopelado, adornado con galones rayados negro y blanco.

Sombrero blanco real con ala y bavolet de terciopelo. Al lado pouff de flores y de encaje negro. Guantes gamuza, y botitas de cabritilla negra respunteadas de blanco.

Traje de interior. — Vestido de tafetan malva cuero, ilustrado sobre cada paño con un adorno de hojas de pasamanería. La falda y el cuerpo están cerrados en toda su altura con una gruesa botonadura. Cuerpo con el mismo adorno que figura una chaquetilla Figaro.

Mangas de codo abiertas sobre el lado. Tocado Fanchonette con un fondo de tul blanco bordado, velado de encaje negro, con ramitas de violetas de Niza. Barbas flotantes de tul ilusión con cintas violeta que ribetean el tul.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

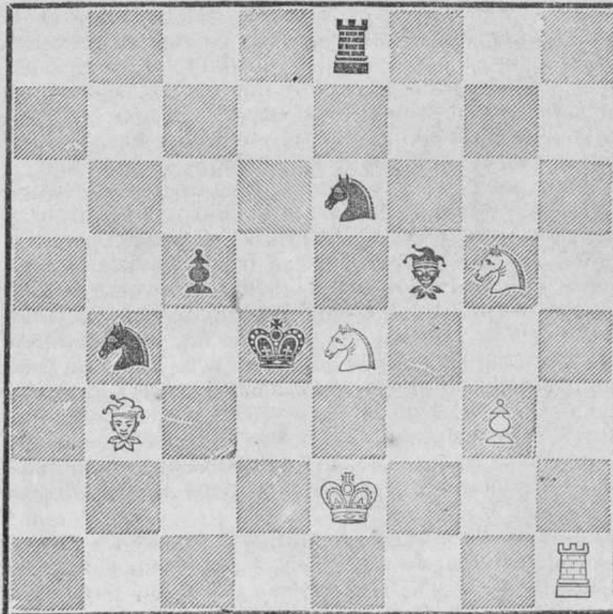
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 36.

- | | | |
|---|-----------------|--------------|
| 1 | Ra 2a CRa' | R juega |
| 2 | Ra 3a ARa | P 1 paso |
| 3 | R 7a Ra | R juega |
| 4 | Ra 4a CRa jaque | R juega |
| 5 | R 7a ARa | R ó P juega. |
| 6 | Ra mate. | |

PROBLEMA NUM. 37, POR A. F. DE FLORENCE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.



Santa Cecilia, *fac-simile* de un dibujo inédito de Mignard.

Santa Cecilia.

Con motivo de la fiesta de santa Cecilia, que se celebra el 22 de este mes, nos ha parecido oportuno dar aquí una composición digna de la santa patrona de la

música, y para ello reproducimos un dibujo original é inédito del famoso artista Mignard, comunicado por M. Sauvageot, á quien pertenece. Santa Cecilia rodeada de ángeles como los pintaban en el siglo XVIII, de ángeles que son primos hermanos de los amores, está tocando el órgano con la inspiración contenida y el

aire de las marquesas del tiempo de Mignard. En la actualidad semejante composición se ejecutaría diferentemente; pero la obra, tal cual se ve, denota la mano de un maestro, y por esta razón no hemos vacilado en reproducirla.

X.